



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

Medellín en sus narrativas
y rituales en torno a la muerte

ISSN-p 0123-8094 / ISSN-e 2346-3104 Año 2023

LA DEFUNCIÓN

Número 62



MEDELLÍN EN SUS NARRATIVAS Y
RITUALES EN TORNO A LA MUERTE



MEDELLÍN EN SUS NARRATIVAS Y
RITUALES EN TORNO A LA MUERTE

Gilmer Mesa
Memo Ángel
Emperatriz Muñoz
Víctor Ortiz
Luis Fernando Morales



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

Desde la Biblioteca / Institución Universitaria ITM. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural. n°. 62 (2023). -- Medellín: Institución Universitaria ITM, 2023

88 p. : il.
ISSN p: 0123-8094
ISSN-e: 2346-3104
DO: <https://doi.org/10.22430/23463104.5951>

1. Mesa, Gilmer, Ángel, Memo, Muñoz, Emperatriz, Ortiz, Víctor, Morales, Luis Fernando - Crítica e interpretación.
2. Cementerios Medellín. Institución Universitaria ITM. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural.

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

©Institución Universitaria ITM

Rector

ALEJANDRO VILLA GÓMEZ

Directora editorial

JULIANA CARDONA QUIROS

Comité Editorial

JULIANA CARDONA QUIROS
SEBASTIÁN VÁSQUEZ MORENO

Corrección de textos

MARTHA CECILIA CABALLERO JEREZ
OLGA LUCÍA MUÑOZ LÓPEZ

Diagramación y diseño

MAURICIO RAIGOSA

Solicitud de Canje

Biblioteca ITM
Calle 75 n.º 75-101
Medellín, Colombia
<https://www.itm.edu.co/biblioteca/>
biblioteca@itm.edu.co
Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5164

©Sello Editorial ITM
Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197
<http://catalogo.itm.edu.co>
fondoeitorial@itm.edu.co

INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA ITM | Vigilado Mineducación. Reconocimiento de carácter académico: Resolución 6190 del 21 de diciembre de 2005, Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Decreto 180 del 25 de febrero de 1992, Minjusticia. Renovación acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 013595 del 24 de julio de 2020, Mineducación



DESDE LA BIBLIOTECA vincula la ciencia, la tecnología y el arte para promover la cultura científica, tecnológica y artística mediante la selección y divulgación de textos fundamentales.

CONTENIDO

P RESENTACIÓN	7
Juliana Cardona Quiros	
D E CEMENTERIO DE RICOS A CEMENTERIO DE PILLOS.....	11
Gilmer Mesa	
S OBRE ESTE ASUNTO ABURRIDO DE TENER QUE MORIRSE.....	29
Memo Ángel	
L OS QUE NADIE SABE QUIÉNES SON.....	38
Emperatriz Muñoz	
L A CIUDAD DE MÁRMOL.....	45
Víctor Ortiz	
T RILOGÍA DE PASIONES EN LA FRONTERA D E LA VIDA Y LA MUERTE	66
Luis Fernando Morales	



JULIANA CARDONA QUIROS
Directora editorial

PRESENTACIÓN

Como ha ocurrido en la mayoría de los centros poblados de América Latina, Medellín ha sido un crisol de cosmogonías que, con el devenir del tiempo, ha encontrado su identidad a partir de la mezcla de culturas indígenas, africanas y europeas, sacando lo mejor y lo peor de cada una, y explicando el pasado convulso y enriquecedor que nos diferencia del resto del mundo.

La presente edición de *Desde la biblioteca 62. Medellín en sus narrativas y rituales en torno a la muerte* intenta contar esta ciudad desde elementos antropológicos, culturales, históricos, sociales y literarios en torno a la muerte como un aporte a la construcción de sociedad que está en constante evolución.

Son relatos que hacen un recorrido por los cementerios de la ciudad y por la concepción misma de la muerte para comprender nuestro pasado y el camino de luces y sombras de una Medellín que ha sido narrada desde la óptica de quienes la han trasegado y de quienes la han gobernado, pero no de quienes son exponentes de las realidades que la configuran.

Entender nuestra ciudad es lograr acercarse a la tradición agrícola y campesina que la precede, a la llegada de influencias profundamente europeas, a la impronta comerciante de judíos y árabes, a la literatura costumbrista de Tomás Carrasquilla, pero también a una clase política de alcance nacional que ha liderado importantes proyectos económicos, al empeño de conectarse con el resto del país y de crear caminos que acercaran el desarrollo y la bonanza; eso, justamente, es lo que podemos entender como una aproximación para conectarnos con Medellín.

El escritor Gilmer Mesa hace un viaje para observar a Medellín desde los camposantos, una mirada trascendental y obligada a la vez que esquiva y misteriosa sobre la muerte como lo único común entre todos los seres humanos.

José Guillermo Ángel relata, muy a su estilo, la ritualización de la muerte en diferentes culturas, su trascendencia en la idea del más allá y la representación que se hace de este paso obligado y definitivo.

La escritora antioqueña Emperatriz Muñoz nos acerca al mundo del Jardín Cementerio Universal de la mano de una crónica conmovedora en la que muestra el desdén que la sociedad, a veces demasiado cruel, siente por un lugar donde entierran a personas *sin identificar* que acaban convertidas en fantasmas.

En el escenario del Cementerio Museo San Pedro, el antropólogo Víctor Enrique Ortiz recrea un cuento novedoso y repasa, mediante un personaje sorprendente, la importancia histórica que tienen para la ciudad los precursores del progreso que hizo grande a Antioquia, los que ocuparon elevadas dignidades en el Gobierno nacional, los que serán recordados como los paladines de nuestras luchas, y aquellos a quienes les bastó una chispa de su ingenio para plasmar en letras su fértil imaginación, para abrir caminos imposibles, para acercar la ciencia y la tecnología o para hacerse dueños de enormes fortunas.

Por último, el ingeniero Luis Fernando Morales expone, en la modalidad de cuento corto, tres historias con personajes dotados de gran encanto. En cada una de estas, la indescifrable compañía de la muerte discurre paralelamente con la vida para dejar lecciones que nuestros lectores sabrán interpretar.

Juliana Cardona Quiros
Directora editorial
Medellín, 2023



Cementerio San Pedro. Entrada a la galería San Vicente de Paúl. Medellín, 1915.
Gonzalo Escovar Gaviria (1872–1914).
Fuente: <https://bit.ly/3oGUK9w>

GILMER MESA



Fotografía cortesía de Julián Gaviria @eldelasfotos

Nació en 1978 en Medellín en el barrio Aranjuez, en donde ha vivido toda su vida. Es magíster en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Actualmente se desempeña como profesor de cátedra en la UPB y en la Institución Universitaria ITM. Con Penguin Random House publicó las novelas *Las travesías* (2021) y *La cuadra* (2016).

DE CEMENTERIO DE RICOS A CEMENTERIO DE PILLOS

*El lujo no es para tanto es para tontos,
olviden el llanto, la muerte no hace descuentos.*

AlcolirykoZ, «Comediantes de velorio»

El 5 de julio de 1991 a las 11 de la noche cambió mi vida para siempre, cuando en la puerta de mi casa sonaron tres toques hondos como fosas, anunciando la peor noticia de mi vida. Mi padre acudió al llamado de «mataron a mi muchacho», escuché desde mi cuarto que decía; sentí adentro del pecho que algo me abandonaba, sus palabras aún hoy retumban broncas en mis oídos que escuchan más fácil las voces pasadas que el ruido presente, como un *estetograma* que trasciende el tiempo y se eterniza con claridad en su significado.

Desde esa noche nuestro hogar dejó de ser un lugar de paz y amor, y mi familia y yo nunca volvimos a ser los mismos, algo nos quedó faltando para siempre y tuvimos que aprender a vivir mutilados y erráticos buscando eternamente el faltante. En pocos minutos la casa se llenó de vecinos atraídos por la novelería y la noche se tornó densa y larga, mi padre fue a la morgue al reconocimiento del cadáver de su hijo, de donde volvió hecho un anciano,

se avejentó de golpe, al igual que mi madre y mi abuela. Después una espera llena de nadas y recuerdos, de vaticinios pasados, «que hubiera pasado si...», la muerte había impuesto su marca sobre nosotros y signados por ella tendríamos que aprender a continuar. La tristeza dejó de ser algo supuesto, algo de otros, para ser nuestra.

Con el amanecer llegó el cajón, se me hacía imposible de creer, casi surreal, que en esas cuatro tablas cupiera lo que más he querido en la vida. La velación, como era costumbre en esa época, se hizo en la sala de mi casa, con músicas, licor y promesas de venganza, para concluir con un entierro bullicioso en el cementerio de San Pedro en medio de tiros al aire, humo de marihuana y oraciones entrecortadas: la despedida final, lo imposible de creer, apenas 32 horas desde la noticia, y ya mi hermano empezaba a podrirse en la soledad de una fosa. Tal vez lo más devastador de un entierro es su después, lo que se viene con uno dándole vueltas en la cabeza, imaginarse al ser querido siendo devorado por gusanos infames en el aislamiento absoluto de una bóveda, el obstáculo atroz interpuesto por la muerte entre lo que dejamos enterrado y la vida que continúa, una casa abarrotada de vacíos, de espacios donde él debería estar.

Las visitas al Cementerio Museo San Pedro se hicieron para nosotros un ritual afectivo, eran la manera que encontramos de estar cerca de él y no

sentirnos tan yermos, cada ocho días sin falta acudíamos a su tumba durante los cuatro años de su permanencia allí, tiempo en el que empecé a desarrollar una extraña fascinación por ese lugar. Me atraían sus galerías solitarias y lúgubres, a las que mi madre les tenía recelo y prohibía que mi hermanito pequeño las visitara, temiendo que se habituara demasiado a la muerte ajena; yo en cambio sentía atracción por esos pasajes llenos de moscas y terror, fui adquiriendo una suerte de afecto por ese espacio, y además de las visitas ineludibles de los domingos con mi familia, empecé a frecuentarlo entre semana cuando el extrañamiento era mucho, me consolaba arrimarme a la losa de mármol con su nombre y contarle mis penas, asociadas todas a su ausencia.

Así viví mi adolescencia hermanado a la muerte de un lado y de otro, viéndola a la cara todos los días en el barrio y a través de las tumbas, mausoleos, cenotafios y necromas en el cementerio, sintiendo su presencia sáxea y escuchando entierros ajenos, imposibles de ignorar por la mencionada costumbre de acompañar la despedida final con algarabías, música, licor y tiros al aire con que la caterva de adolescentes de los barrios populares decían adiós a sus colegas en la nefanda época que vivió la ciudad durante el imperio del siniestro Cartel de Medellín. Me gustaba observar desde lejos esa desprolijidad del pobre tan obscena en sus desproporciones, es extraño cómo funcionan

las cosas en estos barrios marginales y contradictorios, en donde nunca hay plata para nada excepto para una fiesta, y dado que la muerte como dice Rubén Blades «baila con la cerveza en la mano», cada entierro es una parranda triste inundada de despilfarro y barrumbada, se muestra y se demuestra lo que no se hizo en vida, tal vez atraídos por el imperativo cristiano que dicta que lo importante es la eternidad.

También me cautivaban los entierros discretos de personas llanas con sus muertes simples; me conmovía ver el dolor sincero, sin aspavientos, sus gestos congelados, transfigurados por el llanto quieto al ver cerrar la lápida sobre su ser amado, percibir su impotencia al comprender el final de los finales, algo que yo había experimentado tan vívidamente que ni siquiera el bullicio que se ejercía a mi lado logró abstraerme de mi soledad. Estaba solo con mi dolor infinito, me sentía y me siento emparentado con esa gente que dejaba atrás su muerto para empezar a vivir una vida inane y terrible, la inercia de realizar apenas actuaciones de sobrevivencia sin ningún interés.

Mientras mis padres se quedaban envolviendo su dolor con rezos para atraerle beneficios postreros al muerto y arreglando su lápida con flores, yo prefería vagar por los corredores o ir a las tumbas de amigos y conocidos que compartían camposanto; deambulando descubrí recovecos oscuros del cementerio como el pabellón dedicado

exclusivamente a los niños, el cual pese a tener el objetivo luminoso de ser «la puerta de entrada de los niños al cielo» como me dijo una vez un enterrador, era tenebroso, hostil y pequeño, una sola calle llena de fachadas más pequeñas que el resto, carentes en su mayoría de nombres propios, donde apenas se lee el patronímico de la madre y su parentesco: «hijo de fulana, hija de mengana». ¡Cuánto dolor encontraba en esas menudas losas! Me imaginaba el amor cercenado antes de ser y ya siendo, la inmediación de la alegría truncada de un tajo por la muerte. Cuando quería escapar del recuerdo me refugiaba allí para imaginar las vidas de aquellos que fueron solo vísperas, que quedaron siendo proyecto; sus tumbas mínimas están adornadas con juguetes, peluches y dulces, a ellos me acogía para hilvanar historias de posibilidades.

A los cuatro años del entierro de mi hermano llegó un día difícil de enfrentar: la sacada de sus restos. Fuimos al cementerio mi padrino, mi hermanito menor y yo, mis padres no fueron capaces de asistir previendo la recreación del dolor como el día primero. Cuando removieron la losa y vi el cajón descompuesto que había conocido en sus días de brillo, me superó el sentimiento y tuve que huir, me dirigí a la galería de los niños buscando encubrir el espanto de pensar a mi hermano siendo nada, un desguace de huesos y ropas roídas; preferí guardar

en mi memoria su recuerdo sonriente y no la obligada sonrisa de su calavera, traté de pensar en las vidas posibles de los niños para no pensar en la posible vida de él.

Estando en ese escape vi una escena, tan solo un minuto, pero quedó clavada en mi mente como una de las más conmovedoras que haya visto jamás: una madre joven y sola, lo cual era extraño, pues en los barrios populares los entierros son un cenáculo desprolijo y agitado que intenta ahuyentar con su algarabía el silencio y la soledad de la muerte. La muchacha casi de mi edad sostenía un minúsculo ataúd y lloraba en silencio esperando que el sepulturero limpiara una tumbita tan diminuta como el cofre en sus manos; después de un momento el hombre hizo un gesto contenido y la chica le entregó la cajita en silencio y permaneció estática, sin moverse un milímetro contemplando al sepulturero hacer su trabajo, tapiando a su hijo; le caían lágrimas como lloviéndole encima a una efigie, llorando por fuera y por dentro, atorada en su congoja sin decir nada, con un gesto en su cara que hacía pensar que se iba a morir de tristeza y que no recuerdo haber visto nunca en mi vida, ni antes ni después de esa tarde: era la imagen total y perfecta de la soledad.

Después de cremar los restos de mi hermano, mi familia perdió interés en el San Pedro, en cambio yo comencé a extrañar sus rutas, su soledad, sus fríos entresijos, de manera que cada que

podía, bajaba a pie desde Aranjuez, mi barrio, unas quince cuadras más arriba encumbrado en la Comuna Nororiental de Medellín. Entraba como se entra de visita a la casa de un amigo, sentía y siento que el sitio conserva algo del ánimo de mi hermano. Paseaba por galerías y pasillos pensando en eso y observando, habituándome a las tumbas, aprendiendo de memoria los nombres de los grandes mausoleos, asombrándome con sus hermosas estatuas de mármol y bronce.

Me hice amigo de los vigilantes y del personal, con el tiempo ellos me han ayudado a entender las formas como se afrontó la muerte en épocas pasadas y el origen de la necrópolis. Hablando con el doctor Óscar Darío Velásquez García, exadministrador general del Cementerio Museo San Pedro, supe que las primeras sepulturas de Medellín, cuando era un pequeño pueblo, las hacían en las iglesias de la Veracruz y de la Candelaria, en las fundaciones de estos sitios ubicadas en los sótanos: «En esa época le vendían una vara de tierra a un feligrés, que guardaban con su nombre hasta el momento en que fallecía, y ahí lo enterraban».

El problema era que la mayoría de la gente no tenía el dinero para comprar la vara de tierra y tenían que inhumar sus muertos en los solares de sus casas, acarreado múltiples inconvenientes, continúa el doctor Velásquez:

Luego aparecieron problemas de salubridad porque no había ningún tipo de técnica en esos entierros; entonces

el Cabildo de Antioquia los prohibió y se propuso mudarlos para afuera (de las casas y de las iglesias). Por eso, ubicaron un punto en las calles Cúcuta con Juanambú, ese fue el primer cementerio de Medellín y se llamó San Benito, con una capacidad de 200 bóvedas, y duró 16 años.

Con el desarrollo urbanístico, el Cementerio San Benito quedó ubicado en el centro de la ciudad, razón por la cual el Cabildo decidió construir otro en las afueras para alejar posibles enfermedades y la putrefacción que el cementerio atraía, manifestada en nauseabundos olores y la constante presencia de gallinazos en sus alrededores. De nuevo el doctor Óscar nos ilustra los porqués:

Nadie ha querido nunca que le ubiquen un cementerio o un botadero de basura cerca de su casa, y por eso decidieron que el sitio ideal para el camposanto fuera un altico en el barrio de Las Palmas, en donde las pocas familias que habitaban allí fueron persuadidas de permitir su construcción, a cambio de que no les cobraran el agua que recién estaba inaugurando su distribución por canillas. A este camposanto lo bautizaron San Lorenzo y en principio fue propiedad del Municipio de Medellín, que más adelante se lo regaló a la Curia.

Con el tiempo este lugar se llenó de muertos, sobre todo de muertos pobres. Su nueva dueña, la Arquidiócesis de Medellín, encontró la manera de hacerlo redituable: separó un pedazo excepcional para muertos que pagaran por la exclusividad y volvió franquicia la tierra santa. A ese pedazo lo llamaron el Cementerio Parroquial, y fue una suerte de club mortuario en donde

se hospedaron los huesos de la más encumbrada aristocracia medellinense. Expone el exadministrador Velásquez:

Eso se generó a los 25 o 30 años de la creación del Cementerio San Lorenzo, en donde enterraban a los menos pudientes, y separado por un muro, pero colindante estaba el Parroquial, que lo manejaban los curas como negocio privado y donde enterraban a los de clase alta.

Pero ese también se llenó porque la muerte hace ronda en todos los estratos y de nuevo se vieron en calzas prietas para responder a la demanda de muertos ilustres. Esto incubó en la mente del médico Pedro Uribe Restrepo la creación de una nueva necrópolis. Según el historiador del cementerio, Juan Diego Torres,

San Pedro fue fundado el 22 de septiembre de 1842. La idea de crear un cementerio por acciones reunió a 50 socios que representaban la élite de Medellín en ese momento. Fue el primer cementerio privado del país, el cual no le pertenecía a la Curia ni al municipio. Nació como un proyecto excluyente de los comerciantes y mineros más adinerados de ese momento, quienes ya tenían relaciones familiares y económicas entre ellos, lo que hizo que la idea del doctor Uribe Restrepo tuviera eco y se lograra realizar el proyecto, no solo por el deseo de tener un espacio para inhumar a sus muertos, sino también como un negocio funerario. Estas familias adecuaron el espacio para representarse a sí mismas, sus ideas, visiones, imaginarios acerca de la vida, de la muerte, la religión y la trascendencia, y sus posturas frente al arte, la arquitectura, la economía y la política tomadas de los modelos europeos.

De ahí los mármoles de Carrara y los broncees espectaculares para adornar

el sueño eterno, para que sus blancos huesos exentos de la sangre azul que los acompañó no fueran a mezclarse con la mortecina humilde de los huesos pobres como aquellos que los portaron, quienes deberían contentarse con morirse y ya, sin pensar en tierras privadas para su eternidad; si no las tuvieron en vida, ¿cómo pretendían poseerlas después de muertos?

Observando su origen encumbrado, es inevitable pensar este espacio como una alegoría de la sociedad desigual en que está concebido. La élite encerrada y alejada del resto, reflejados en los mausoleos de la rotonda central, que valga de paso la aclaración fue la única que en principio se llamó San Pedro, porque el nombre original del lugar aclaró el historiador Juan Diego, «fue el de Cementerio San Vicente de Paúl», en homenaje al santo, «y solo hasta 1871 la junta directiva decidió cambiar el nombre a San Pedro, asociado y consagrado al santo homónimo del cual aún existen vitrales en la capilla para su conmemoración».

Mientras que las edificaciones verticales que la rodean, análogas a las comunas de Medellín, serían las mayorías estadísticas y anónimas que, con lápidas simples miran a la rotonda como expectantes, admiradas de los ángeles de mármol, de las columnas y los capiteles románicos y las enormes letras de molde que anuncian rancios abolengos y, como vigilantes, esperando entrar a ese sitio vetado, deseándolo y acechándolo. El

circuito central está cada vez más sitiado, visitado a diario por gente que no es de su clase, que llegan con sus algarabías a trastocar el decorado e implementar sus costumbres populares llenas de dolor sincero y afectado colorido, mientras ellos, los del centro, huérfanos de dolientes porque hace mucho también murieron o nunca los tuvieron, manifiestan emociones con colosales monumentos traídos de Pietra Santa, Italia, y de otros lugares igual de lejanos y desproporcionados.

Recordé entonces el estruendoso escándalo que suscitó la compra a finales de los 80 de un mausoleo alejado de la rotonda, por la familia de unos de los lugartenientes más temibles del Cartel, los Muñoz Mosquera, un clan de asesinos de la Comuna Noroccidental liderados por «Tyson», y del que también hacían parte sus hermanos «La quica», «Tilton» y «Ángelo», otro de los hijos de doña Lilian; esta mujer, previendo su sórdido desenlace, los conminó a comprarlo para tener un trozo de tierra donde ponerlos en cuanto empezaran a morir, como en efecto ocurrió apenas unos meses después de su compra. Ella lo adornó a su manera y, en vez de mármoles nacarados y bronce antiguos, prefirió las lámparas estruendosas, las fotos de sus hijos y un recargado estilo chabacano con pomposas flores plásticas y aluminio peletizado que simulara oro; y como guinda, en el colmo del *kitsch*, puso un parlante enorme en el que durante



Museo Cementerio San Pedro, Medellín, Colombia.
Fuente: Wikimedia Commons <http://bit.ly/3L6GSx0>

mucho tiempo sonaron fuertes y claras las canciones de Darío Gómez y otros exponentes de la música popular alusivas a la muerte, en una cinta sinfín.

Durante un tiempo fue una atracción tan particular que muchos visitantes, locales y extranjeros, se allegaron al lugar solo para ver y escuchar aquello que parecía sacado de la más absurda realidad macondiana. Las directivas del cementerio tuvieron que esperar a que amainaran los fueros de la familia, cuando sus miembros cayeron presos o asesinados, para retirar el adefesio, y con este el espectáculo. Lo llamativo además de este entuerto, fue que muchos mausoleos vecinos y sus dueños vaciaron de restos, o al menos de nombres, sus propiedades, como hizo su colindante, al que la familia, al no poder o no querer retirar los despojos mortales, decidió quitar la identificación de sus lápidas y aún hoy sus muertos permanecen incógnitos, huesos de nadie, porque sus familiares prefirieron anonimizarlos a compartir espacio con los Muñoz Mosquera, en lo que bien podría ser un sainete *post mortem* que replica irónicamente la realidad de nuestra sociedad desdeñosa y arribista.

Volviendo a la rotonda del cementerio, por falta de ganas para hacer cualquier cosa productiva en los días finales de mi adolescencia, me dediqué a averiguar por aquellas esculturas que eran de las pocas cosas que me gustaban. Empecé con una especial, situada al costado derecho de

la entrada, mirando a la iglesia, y que lleva por nombre *La madre doliente*; está hecha en mármol blanco y representa la figura de una mujer llorando sobre la lápida de un hijo muerto; en sus ademanes y postura se entrevé el dolor increíble que cualquier madre en dicha situación siente: lo sé porque lo he visto. Está bellamente ataviada con el gusto del siglo XIX: vestido largo rematado en pequeños boleros, zapatos de hebilla y un chal que cubre su rostro, que el escultor logró reproducir con lujo de detalles con finura en las minucias. Es una escultura poderosa y realista, al punto que muchas madres de la comuna que enterraron allí mismo a sus hijos, cada domingo dotaban a la estatua de una especie de compañerismo llevándole flores y agua, y algunas incluso imitaban el gesto del mármol arrodillándose a su lado para llorar con ella, hermanándose como si se tratara de una amiga con la cual compartían dolores.

Es el mausoleo de José María Amador, hijo dilecto del archimillonario Carlos Coroliano Amador, uno de los hombres más ricos del país, quien murió en tierna edad, según las lenguas decentes de la época, de amor; luego, escuchando el sentir popular, supe que morir de amor no era sino otra de las formas hiperbólicas y alegres de llamar coloquialmente a una enfermedad nefanda y tenebrosa, la sífilis, y otros más profilácticos aseguran que padecía tuberculosis; cualquiera que haya sido su patología en poco tiempo estaba

consumido y agónico, y su familia en el colmo de la desesperación trató de atajar la muerte, que ya se anunciaba pronta, recurriendo a los médicos más renombrados del país y del exterior sin éxito, cada día el joven estaba peor, su cuerpo se llenó de pústulas infectas que anunciaban con su hedentina la proximidad del sepulcro.

Como último recurso, su madre doña Lorenza Uribe de Amador, decidió consultar con un tégua que recomendó un tratamiento medieval, pero según él, efectivo: bañar tres veces por día al enfermo en leche recién ordeñada. Su padre, que entre muchas obras excéntricas y colosales había mandado construir para la familia de su hijo como regalo de bodas un palacio de dimensiones épicas en el centro de la ciudad, diseñado por el arquitecto extranjero Carlos Carré, hizo llenar con leche recién extraída la pileta que tenía en el sótano y poner ahí al enfermo; como la leche había que renovarla a cada baño, la que utilizaban se la regalaban a los pobres, que ávidos de un poco del líquido la bebían golosos sin sospechar su antiguo uso. Durante un tiempo se acostumbró a ver la fila de menesterosos afuera del Palacio Amador con sus botellas en la mano, esperando la ración magnánima de leche que se destilaba por un desagüe; no obstante las múltiples abluciones lácteas, el joven murió a la temprana edad de 24 años, y la madre en su despecho dispuso que el mausoleo que sería destinado a la familia entera fuera

solo para él, y mandó traer de Italia la más delicada y detallada escultura que tiene el cementerio, mientras ella y su marido descansan en tumbas contiguas y corrientes frente al mausoleo, desde las cuales pueden estar pendientes del vástago.

Diagonal a estas queda la de don Alejandro Ángel y su familia, que porta encima un hermoso *Ángel del Consuelo*, también en mármol de Carrara, y al frente la del estadista Pedro Justo Berrío que está adornada por una hermosa talla del enorme escultor antioqueño Marco Tobón Mejía, también autor del mausoleo del poeta Jorge Isaacs, ubicado un poco más arriba.

Subiendo la calle principal, al lado izquierdo de la iglesia, está una tumba con lápidas moderadas y sobrias que aun siendo de granito negro demeritan y contrastan con los personajes en ellas contenidas: el hombre más rico que haya tenido Colombia en su larga historia, don José María «Pepe» Sierra y su esposa; de nuevo este pequeño microcosmos nos avienta a la cara la equivalencia con el macrocosmo.

Estes señores el millonario en mayúsculas del país, quien en la mitad del siglo XIX tenía una fortuna tan extravagante que se calculaba era el dueño del 18 % de la tierra fértil del país y, entre otros negocios, poseía las rentas sobre la distribución de licor del Departamento de Antioquia y le prestaba plata a la Nación; sin embargo era un rico muy distinto a su compañero de patio, Carlos Coroliano



Mausoleo Familia Alejandro Ángel.
Foto cortesía Cementerio Museo San Pedro.

Amador: mientras este último disfrutaba su fortuna con fiestas estruendosas y viajes a Europa cada semestre, don Pepe, sobrepasándolo por mucho en millones, a donde más lejos viajó fue a la capital de Colombia y con la sola intención de agrandar su fortuna, comprando allí los terrenos de lo que hoy es Chapinero y extendiendo sus dominios a algunas haciendas de Fontibón y La Sabana de Bogotá. Desde joven fue un duro trabajador que no conoció nunca el descanso y fue conocido como el «coleccionista de haciendas».

Hay dos tipos de ricos, el que hace fortuna para gastársela y disfrutar la vida como fue el caso de Amador, que conocía de vinos, de vestidos, de perfumes, del mundo, tenía porte y estilo y sabía cómo administrarlo, reflejado en que sus grandes empresas siempre tuvieron una repercusión de beneficio en la gente. Para extraer el oro de sus minas del Zancudo y Sabaletas construyó un puente que hasta hoy es sinónimo de prosperidad de toda una región: Puente Iglesias sobre el río Cauca; para vender agua de sus yacimientos, montó el germen del acueducto de Medellín; para sacar sus productos a la venta, hizo la gran plaza de mercado de Guayaquil, y así con cada una de sus iniciativas.

Y están los otros como «don Pepe», que hacen fortuna por el placer de amasarla, por recolectarla y sentirse poderosos de tenerla; de ahí que sus obras sean cicateras como él: hacer poderosos empréstitos al gobierno a cambio de apoderarse

de las rentas sobre el licor para inundar de borrachos las calles y bares, no solo de la ciudad sino de los municipios aledaños. En cuanto veía disminuirse el consumo de su brutal producto, se inventaba, amangualado con alcaldes y curas de pueblo, fiestas amañadas que servían para que las ventas se duplicaran.

Cuentan que un día en una de sus haciendas se le desbarrancó una vaca y al ser consultado por el mayordomo si se la podían comer los trabajadores, ya que estaba muerta, él azuzando la vista ordenó enterrarla lo más lejos y lo más hondo posible y echarle encima una gruesa capa de cal, para que «las reses no se le siguieran desbarrancando en su ausencia». Esa dualidad es típica de esta tierra: el empresario culto y útil, y el hacendado hosco y avaro. Otra leyenda dice que una vez en una firma de unas escrituras tuvo un yerro ortográfico al escribir la palabra hacienda sin h, y al ser corregido por el notario respondió, despótico: «Mijo, yo tengo 90, 500, 900 (el número varía según quien lo cuente) haciendas sin h. ¿Cuántas tiene usted con h?». Dos caras de la moneda fortuna que, para nuestro mal, en este país cae más veces de un lado que del otro.

Tres tumbas portan tres figuras en bronce del maestro Bernardo Vieco Ortiz, que descuellan por su impecabilidad, grandeza y expresividad. La primera sobre el mausoleo de la Familia Bedout, una estirpe de periodistas y editores reconocidos desde siempre, es *El ángel custodio*, el psicopompo escrutador

que mira con rigor implacable y quien, se supone, nos esperará en las puertas de la muerte para conducirnos al Juicio Final por nuestras acciones; su mirada es de espanto, haciendo difícil sostener la cabeza erguida frente a su vistazo cortante que sentencia por sí mismo: el escultor cuidó que sus ojos nunca abandonen a quien lo contempla.

La segunda es *La Piedad*, ubicada a la espalda del panteón de la familia del empresario Francisco Luis Moreno, una *piedad despiadada* en su increpación al cielo, enojada, valiente, reclamándole a Dios por lo que ha permitido, mientras sostiene a su hijo muerto en brazos. Es otra de las imágenes ante las cuales las madres de los barrios aledaños se hincan a rezar y pedir por ellas y sus hijos asesinados, queriendo seguramente *sotanear* al cielo como hace esta imagen.



El ángel custodio. Bernardo Vieco Ortiz. Mausoleo de la Familia Bedout. Foto cortesía Cementerio Museo San Pedro.

La tercera sobre el hipogeo del comerciante Pedro Estrada y su familia se llama *Las tres Marías*, y es la escultura más terriblemente hermosa que he contemplado en mi vida. Tres mujeres que ejemplifican los tres estadios de la vida y las tres posibilidades tras la muerte: el Cielo, el Purgatorio y el Infierno; su expresión de amargura embarga, su gesto condena y su armonía ampara, son la imagen misma del cementerio y sobre ellas recaen el grueso de las leyendas populares de este sitio. La mayoría de la gente las ha vinculado con las ánimas del Purgatorio, y como tales las inundan de flores y les tiran monedas pidiéndoles amparos; en los tiempos de mis recorridos solitarios por el cementerio en la década del 90, cuando no había cámaras digitales ni celulares a la mano, no pocas veces escuché a personas que decían haberlas visto cambiar de posición, y otros aseguran, aún hoy, que ellas cuidan el camposanto en las noches. Siguiendo estas habladurías me gusta imaginármelas con su expresión abatida vagando por los pasillos, haciendo rondas en la rotonda, velando porque nada se salga de su sitio, disciplinadas e implacables conduciendo almas sediciosas de nuevo al redil. Mi padre, que durante la mitad de su vida ejerció el oficio de taxista y tenía el acopio en el Hospital San Vicente de Paúl, vecino del cementerio, me contaba que muchos de sus colegas juraban haberlas visto asomadas en los balcones que de la necrópolis dan a la calle en altas horas de noches azarasas.



Las tres Marías. Bernardo Vieco Ortiz.
Mausoleo de la Familia de Pedro Estrada.
Foto cortesía Cementerio Museo San Pedro.

Avanzando en círculo sobre la rotonda hay dos réplicas de La Piedad de Miguel Ángel Buonarroti: una sobre el dintel del sarcófago de Julio Ramírez Johns, director de una empresa que nos incrustó en dulces sueños, la Fábrica de Galletas Noel, y más abajo una escultura gemela adorna la morada final de Germán Saldarriaga del Valle y su familia, propietarios de la fábrica Pintuco.

Pasando por mausoleos de otras familias igual de adineradas y célebres, se llega al final del circuito al de la familia del comerciante Pascasio Uribe, famoso por haber donado las campanas de la Iglesia de La Candelaria, que no presenta atractivo distinto a ser el sitio donde mejor se percibe el arribismo y el desprecio rampante entre clases sociales que ha imperado en esta tierra: haciendo un gesto máximo de desprendimiento y afecto cotidiano, pusieron los restos

finales de Petronila Posada, servidora doméstica puntual y sempiterna de la casa Uribe en el sarcófago de la familia, por considerarla un miembro más. Sin embargo, en su lápida puede leerse además de su nombre y la fecha de su deceso, el afrentoso epíteto de «sirvienta fiel», como si no pudiera zafarse de la servidumbre ni siquiera en la muerte, imponiéndole obediencia eterna, lo que nos dice a los gritos el tipo de sociedad que somos, la división horizontal tan marcada que pugna por mantenerse aun en el más allá.

Por fuera de la rotonda quedan algunas familias ilustres que llegaron a destiempo a la repartija original de terrenos, pero que son tanto o más encumbradas que las ubicadas en el centro, como la de don Alejandro Echavarría el dueño de Coltejer, la de Eduardo Londoño, la de Fidel Cano y tantas más. También hay una placa conmemorativa del tiempo en que se guardó el cuerpo de Carlos Gardel mientras pudieron repatriarlo a su país y están los magníficos Efe Gómez y Pedro Nel Gómez.

Mención aparte merece una lápida discreta costeadá por la Dirección del museo, cuando se conformó como tal: la del Indio Uribe, el incendiario escritor libertario y radical, amigo de otro gran panfletario, José María Vargas Vila, y enemigo acérrimo de Rafael Núñez, quien lo desterró; pero él, empecinado como era, volvió a Medellín después de 13 años de exilio para abrazar a su madre en un fugaz encuentro, que terminó en su detención y posterior confinamiento



Réplica de *La Piedad* de Miguel Ángel Buonarroti.
Foto cortesía Cementerio Museo San Pedro.

en la isla de San Andrés, de donde logró fugarse para morir de impotencia, rabia y soledad en Ecuador, con apenas 41 años y toda una vida guerrera encima, recordándonos que el cielo se gana por lo defendido en vida, aunque se llegue allí con la derrota a cuestas. Sus restos, tras larga travesía y demoras burocráticas, arribaron finalmente a Medellín para ser enterrados por disposición de la Iglesia por fuera del cementerio en un apartado llamado el Cementerio Laico, que la gracia popular bautizó como El muladar, y en donde compartiría suelo con los extranjeros, los ateos y los suicidas; quizás el Indio podía caber en cada uno de estos designios, porque vivió mucho tiempo huyendo por fuera del país, descreía de la religión, y si consideramos que defender con el alma los propios ideales hasta que sangren de rebelión en este país, es una forma de suicidio.

A pesar de su prominente prosapia, el crecimiento de la ciudad terminó situando al San Pedro en el epicentro de un barrio putañero y hostil, Lovaina, caracterizado en las primeras cuatro décadas del siglo XX por ser la más enjalbegada zona de tolerancia con casas famosas como la de «Marta Pintuco» y «La chama», y cantinas tangueras y arrabás como La bayadera y El as de copas. En 1951, la alcaldía de Luis Peláez, en un acto arbitrario y estulto, decidió mudar estos antros: el Decreto 517 dictaba que la única zona de tolerancia de Medellín fuera la calle principal de Barrio Antioquia, dañando de paso los dos sectores, porque el destino era un barrio obrero que de un día para otro se volvió *putiadero*, mientras que el origen nunca dejó de serlo, sino que escondió sus actuares y decayó, pasó de ser un barrio a dónde venían los muchachos *bien*, a ser un *metedero* de baja estofa.

La gente, que es quien verdaderamente traza los mapas internos de las ciudades, empezó a utilizar el cementerio San Pedro como punto de referencia para ubicar negocios clandestinos; a estos le siguieron las ventas de vicio y de un momento a otro era territorio apache, como se conoce en la calle a las zonas por donde nadie quiere pasar. Esto alejó a los aspirantes a inquilinos del cementerio, porque ya no consideraban que estuviera a su altura; además, de acuerdo con el historiador Juan Diego Torres:

Para 1970 surgen otros tipos de necrópolis llamados campos o jardines como el Cementerio Campos de Paz, ubicado en el sur de la ciudad, inspirado en los cementerios anglosajones, sobre todo en los de la posguerra, en los cuales el enterramiento ya no es en bóveda en altura, sino en tierra, de manera horizontal. Las élites en ese momento comenzaron a ver en esos lugares unas nuevas estéticas, unos nuevos gustos que les fueron atractivos.

Esto, buscando devolverle como su eslogan lo dice, «la paz a los muertos» que se les hacía esquivar en el San Pedro, dejando este relegado a gente del sector, sin lustre y sin brillo. Poco a poco se fue volviendo un cementerio de pobres, quienes lo preferían por quedar cerca de sus casas; los grandes mausoleos entraron en desgracia y empezaron a marchitarse al igual que las flores familiares que nunca nadie volvió a llevar, las bóvedas se vaciaron y empezó su decadencia, tuvieron que bajar el precio del alquiler para que el pobrerío lo prefiriera al Universal, otro cementerio destinado exclusivamente a personas sin ningún recurso económico.

Paradójicamente, al San Pedro lo resucitó la violencia de los años 90 y lo preservó la historia. La primera lo abasteció de una clientela tal que en 1992 tuvieron que construir 450 bóvedas nuevas para dar abasto en el año de mayor efervescencia de muertes violentas en la ciudad, pero ni así alcanzó y desbordó su capacidad, se colmó de cadáveres de muchachos de los barrios aledaños: de cada diez inhumados ocho eran jóvenes adolescentes de las comunas que estaban vinculados a los combos o milicias, por lo que acertadamente la gente empezó a llamarlo el cementerio de los pillos.

Y la segunda porque debido a su propiedad cultural y arquitectónica, el cementerio fue nombrado Museo de Sitio en 1998 y declarado por Colcultura como Patrimonio Cultural de la Nación el 5 de agosto de 1999, coincidiendo esta fecha con el descenso de la alarmante oleada de muerte en la ciudad que empezó a vivir la tensa calma de cifras gélidas que, aunque un poco más bajas, siguen siendo terribles. Con esa disminución, el cementerio pareció recuperar la tranquilidad y el silencio propicios para hacer de este un sitio de descanso de las almas.

Juan Diego Torres contó que, buscando conectar el cementerio a las dinámicas urbanas y lograr que los ciudadanos se apropiaran de él, revitalizando un espacio funerario a partir del arte y la cultura, empezaron a desarrollar actividades propias de un museo como visitas guiadas y «Noches de luna llena», en donde después de un somero

recorrido por la rotonda central se puede disfrutar de un concierto o una obra de teatro, días para los niños, celebraciones de Halloween y otras acciones similares.

Los nuevos tiempos trajeron pillos más austeros que sus predecesores, con ceremonias funerarias sobrias y sombrías, y al fin la paz parecía reinar en el San Pedro. Pero de pronto apareció una nueva forma de violencia privativa y típica de las ciudades agrestes como la nuestra: las hinchadas de fútbol. Y el cementerio volvió a ser el centro del bullicio postrero de los fanáticos de este deporte. Llegan con sus muertos en buses adornados con las banderas del equipo y entran portando el catafalco entre los más amigos del muerto, en medio de cánticos extrapolados de las gradas del estadio a las galerías por donde discurren con el difunto «Que no murió, que no murió, el parcero no se murió, el parcero no se ha ido, pa' nosotros sigue vivo».

Son una horda de fanáticos que enfrentan la muerte como si de un partido decisivo se tratara, y que al contemplarlos me hacen pensar si en el fondo no es eso, una final definitiva, solo que esta vez se sabe de antemano quién gana, pero como buenos hinchas siguen la acción hasta el colofón, porque en la derrota se conoce al verdadero aficionado. Al lado de la bóveda entonan los últimos cantos mezclados con rezos y se escucha en todo el cementerio el «Jamás te olvidaremos, dale dale dale campeón», apenas interrumpido por los padrenuestros y

las avemarías atropellados en una suerte de rosario intimidante y devocional a la vez, antes de cerrar la cripta y salir de allí envueltos en gritos de guerra y agresiones puntuales a las lápidas de difuntos de los equipos contrarios que delatan su pasión con inscripciones iguales pero inversas a las que acabaron de dejar los que salen, mostrando la pureza genuina del odio gratuito tan depurado y actual en nuestras ciudades.

Hoy es el fútbol, ayer la política, mañana algo será, eso es seguro, porque el odio no caduca y siempre habrá como ponerlo al día. El estropicio que traía consigo la muerte de un bandido hoy lo aportan los barristas, reemplazaron los tiros por tambores, las canciones de grabadoras o mariachis por cánticos alusivos a su divisa o al difunto, y las lápidas que antes adornaban con flores de plástico, motos y carros de réplica, hoy tienen escudos del equipo y enormes adornos florales con el color de la bandera que defendía el muerto, y otras veces mandan poner en la losa directamente la adarga y los tonos del equipo, sustituyendo la cerámica al mármol. De nuevo el San Pedro se llenó de bulla y tropelía, pues parece que ese es su destino: ser el cementerio donde ningún muerto puede estar en soledad ni descansar en paz.



Panorámica del Cementerio San Pedro.
Foto cortesía Cementerio Museo San Pedro.

MEMO ÁNJEL



Foto cortesía de @upbcolombia

Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor universitario. Escritor y columnista del periódico *El Colombiano*. Dirige en *Radio Bolivariana* el programa «La otra historia». Memo Ángel colabora como periodista científico en la revista *Universitas Científica*, publicación de divulgación académica de la UPB.

SOBRE ESTE ASUNTO ABURRIDO DE TENER QUE MORIRSE

(Si estamos en la vida, nos la
queremos llevar con nosotros)

*La muerte es el proceso natural por el cual
un ser vivo deja de existir. Es el final de
la vida y el inicio de la inmortalidad.
Representa el final de la existencia física,
pero no del espíritu. Su significado y su
impacto pueden variar según la cultura,
la creencia y la experiencia individual.*

<https://platform.openai.com/playground>

*Llevo luto por mi madre, dijo,
padre murió ya hace años.
Con estas palabras me retiró su
mano y cubrió su rostro.*

W.G. Sebald, Los anillos de Saturno

CONCIENCIA DE LA MUERTE

Los humanos (o al menos los libros que han escrito) son los únicos animales que saben que están vivos y, en este saber, también saben que tienen que morir. Los demás seres orgánicos viven al día, andan por ahí, comen, duermen, procrean y activan la memoria de lo que les pasa. De alguna manera conservan un pasado y, sin noción de futuro, de repente se mueren.

Este pasado, según el psicólogo ruso Iván Pávlov, obedece a aprendizajes

condicionados (acción-reacción). Sin embargo, también los animales (los que tienen ánimo y por eso se mueven, según Aristóteles) tienen instintos, no es claro si nacidos con ellos o aprendidos a través de la experiencia. Para Jack London, la experiencia es lo instintivo ligado a un hecho. Basta leer *La llamada de lo salvaje* para entender su visión.

Pero, como en esto de la esencia de la vida todavía no es claro el asunto, se sabe de animales como las reses que, en el matadero, presienten la muerte y reaccionan poniéndose tensas. Y en esta tensión, producida por la cercanía del degüello o el golpe eléctrico, los músculos se ponen duros como si sufrieran un calambre.

Elías Canetti, en *Las voces de Marrakesh*, cuenta cómo los camellos al oler la sangre de otros camellos sacrificados se alteran al punto que hay que atarles una pata contra el cuerpo para, cojeando, empujarlos hasta el matarife; es terrible ver a un camello presintiendo la muerte, escribe Canetti.

Y siguen las historias: se sabe que los elefantes tienen cementerios y a ellos se dirigen cuando van a morir. ¿Saben que les faltan fuerzas? ¿Entienden que en determinado momento ya no resisten estar en la vida y entonces buscan un lugar para morir en paz? De todas maneras, en la cercanía inmediata a la muerte, los animales reaccionan de una u otra manera, excepto las gallinas y los pollos, como dicen las señoras de la cocina cuando los despescuezan.

Los animales reconocen el peligro. En los rebaños de las praderas, asediados por carnívoros, los más jóvenes (machos y hembras) están en el centro y alrededor se hacen los más viejos, los que ya han procreado, para proteger la vida que aún no se multiplica. Hay entonces una conciencia de la supervivencia, pero no de la muerte. Claro que, en términos kantianos, habría que ser animal para certificar si esto es cierto o no. Al carecer de un lenguaje que nos permita comunicarnos con otros seres vivos distintos, lo que hacemos es especular.

Lo cierto es que la vida termina en la muerte y, como dice Séneca, los días que cumplimos son muerte acumulada, lo que lleva a que llegemos muertos a la muerte. El pasado ya no es vida, son recuerdos de lo vivido (o literatura, como escribió Knut Hamsun), variaciones del haber estado vivo hasta el presente en que vivimos, que es la única certeza.

En los relatos de Franz Kafka, esto es claro: somos lo que nos pasa en el momento y, hasta que el momento no llegue, la cosa no ha pasado. Pero, y esta la diferencia que tenemos con los animales, imaginamos lo que nos puede pasar y más cuando hay una certeza de lo inevitable de tener que morir, hecho del que nadie escapa sea pobre o rico, sabio o ignorante.

Y si definimos la conciencia como aquello que sabemos y de lo que no dudamos más, en este asunto de morir se los humanos han hecho de la muerte un asunto que hay que retardar, a menos

que se crea que la muerte hace parte de la vida y aquella sea un mero paso a otro tipo de escenario. Isaac Bashevis Singer, en uno de sus relatos, escribe que la vida es la muerte y el morir la vida que aparece. Y los pieles rojas, al ir a la batalla, escogían un día hermoso, de cielo azul y soleado, para morir entre los colores y así entrar en los brazos de Manítú, el gran espíritu, que era la vida entera.

EL ASUNTO DE MORIRSE

La historia comienza abriendo tumbas. Los arqueólogos, gente que convive con piedras y esqueletos, cada vez que encuentran algo lo contextualizan y suponen lo que rodeaba a ese algo, sea una piedra labrada o una momia. Así comienza una historia o se reafirma otra.



Ángel en cementerio. Imagen creada con tecnología de DALL-E
Fuente: creador de imágenes de Bing <https://bit.ly/41L9Aur>

Los cementerios han sido un buen lugar para saber acerca del pasado objetivo y encontrar respuestas verosímiles. Allí están los muertos y los elementos que los acompañaron en su

viaje: collares, pulseras, pectorales, hábitos de santos, mantos de rezo, incluso libros. O toda una historia, como pasa en las pirámides. Y si no es un cementerio tradicional, están las fosas, en las que se encuentran esqueletos que pertenecieron a vivos de paso, a gente a la que le dieron un tiro en la nuca o a personas que mal envolvieron debido a una peste o una hambruna. Todos ellos son datos.

Pero como esos restos fueron humanos, ¿qué pensaban estos hombres y mujeres del morirse? La conciencia racional de la muerte aparece en cualquier momento. Basta ser testigos de un funeral, saber de una masacre, de un desprendimiento de tierra que mató a varios, de un enfermo terminal, de alguien condenado a la horca o la silla eléctrica. La muerte no nos aparece en el último momento (como a los animales), sino que la vamos documentando. Sabemos que tenemos que morir y que desapareceremos como seres con pasiones y deseos, necesidades a solucionar y conversaciones con otros. Incluso se ha dicho que el fin del mundo es la muerte, pues cada mundo es particular y, al desaparecer de él, ya no queda nada.

Y, ¿cuándo nos morimos, en qué momento? Esto no está claro. Algunos dicen que morir es como dormirse. Todos entramos en el sueño sin saber el momento. Simplemente salimos de la vigilia y luego despertamos (o no lo hacemos). El tiempo exacto de la muerte es impredecible. No lo sabe ni siquiera aquel que tiene la cabeza bajo

la cuchilla de una guillotina o el que está en cuidados paliativos, que solo piensa en que se va a morir, pero sin saber cuándo, quizá cuando se duerma o le pongan una inyección, o cuando abra los ojos, eructe y se vaya.

Decía Baruch Spinoza, el filósofo sefardí, que no es de sabios hablar de la muerte, pues de ella sabemos que sucede, pero no qué pasa después. Y esto que dijo alteró a mucha gente, especialmente a los religiosos convencidos de premios y castigos, de ángeles y demonios. Pero Spinoza tiene razón. Lo que suceda después de morir es una mera especulación, es un deseo y, como tal, una idea falsa que no admite lo que es y pasa (todo es como es y no de otra forma), para configurar mundos que solo serían perceptibles por los sentidos, que es lo primero que pierde un muerto. Sin vista, sin tacto, sin olfato, sin oído y sin gusto, el mundo físico no es posible.

O sea que configurar escenarios imaginarios *post mortem* en los que solo conservando los sentidos hay posibilidad de entenderlos, es un asunto que la inteligencia no admite. Pero con la muerte se rebasa esta verdad y, en su concepción del más allá, se acepta lo verosímil de lo no probable: que haya algo más. El mismo Goethe, muriendo, decía, «más luz, más luz», es decir, voy a saber más, vendrán otras cosas.

Esperanza es palabra que siempre se refiere al futuro. Y en ella se contiene lo que no tenemos y queremos. Y la esperanza, como las utopías, nos ha

puesto a marchar hacia adelante, quizá no alcanzándola, pero si logrando muchas cosas en el camino. Ya lo decía Martin Buber en sus cuentos jasídicos: el tesoro está en la búsqueda.

El fin de algo es la esencia de la esperanza y, como la muerte es un fin, esto implica un principio. Un fin es un límite, lo que implica que de la otra parte hay algo más. Y en este punto funciona el lenguaje: si hay palabra, hay cosa, decía Filón de Alejandría. Y lo seguía Isidoro de Sevilla, aduciendo que la palabra crea la cosa, así esta no exista. El lenguaje ha creado dragones, unicornios, resurrecciones, paraísos, infiernos etc. Y si bien nada de esto se ha podido probar, se ha dibujado, escrito sobre ellos, hecho películas, creado ouijas, buscado médiums y hasta vendido indulgencias para comprar el más allá.

Un más allá bastante variado, pues depende de las religiones, las supersticiones, las propuestas teosóficas y los tantos miedos a morirse que, para no enloquecer, se valen de toda clase de eufemismos que llevan a olvidar que un cuerpo será podredumbre o cenizas, como sucede cuando se dice que alguien ha viajado en lugar de que se ha convertido en un cadáver, lo que implica palidez, frialdad y descomposición de células que se convierten en bacterias (cadaverina) que, si tocan el agua, crean la peste del cólera.

En el mundo de las ideas, y estas nos llegan siempre desde afuera (en el vacío no se crea nada), el más allá ha

sido más una propuesta literaria que otra cosa. Y una de las ideas es pasar a otra vida para ya no morir más (la inmortalidad). O morir para volver a nacer, como creían los vikingos, que además agregaban valquirias, mujeres bellas acorazadas, para que los guerreros muertos gozaran de los reinos de Odín, que son bastante helados, más que el infierno de Dante. Helados para que todo se conserve, supongo.

En ese más allá después de la muerte existen (los han creado las palabras) los Paraísos (con mayúscula) cristianos con ángeles y los musulmanes con huríes, agua y miel. También aparece el más allá de los cabalistas, que es un repetir la vida que se tuvo, lo que lleva a que los creyentes traten de vivir lo mejor posible, pues si se ha de repetir lo que se ha vivido, lo mejor es vivir tranquilo y estar bien con lo demás (personas, naturaleza, conocimiento, creencias).

Algo parecido a las religiones orientales que proponen el samsara (la reencarnación permanente hasta que, ya sin karmas, se pueda llegar al nirvana); esta reencarnación, que sería convertirse en un animal determinado o en una persona de otra casta (no sé si se puede reencarnar en plantas, lo que evitaría el vegetarianismo), es interesante, pues llevaría a ver el mundo desde otras ópticas, muriendo, pero manteniéndose vivo. Si reencarno en un ratón, por ejemplo, entendería la vida desde el *ratonismo* (valga la palabra) o desde los quehaceres de las

cucarachas o los pulpos o los pájaros de pico largo. O siendo pequeños dioses o diablos, como propone el shinto japonés, todo depende de los honores o del harakiri.

La literatura, que no es historia, sino preguntas sobre lo que podría pasar, ha trabajado la muerte desde la fantasía del trascender hasta lo que pasa con el manejo de cadáver (como es el caso de Annie Ernaux, en su novela *El lugar*), añadiendo a esto los muertos vivos (el más famoso es Drácula), los espantos o los muertos que viven en uno como base genética. Ya sabemos que el ADN es producto de un ser anterior que procreó para que yo sea el resultado propio de un espermatozoide y un óvulo que, unidos, siguen vivos en mí, en la forma y órganos que tengo. De alguna manera, soy el cementerio de mis antepasados o, para verlo de manera menos espeluznante, la encarnación de ellos.

En este asunto de tener que morir, lo que es inevitable a pesar de la criogenia y la aparición de nanorrobots que corrijan desórdenes celulares, ¿cómo disminuir la entropía? Con esta pregunta casi se funde (de alguna forma se apagó y la inteligencia artificial volvió a cero), el robot del que habla Isaac Asimov en su cuento *La última pregunta*. Así que nos morimos por un accidente, una enfermedad o simplemente por el deterioro (desgaste) de los materiales con los que estamos hechos. Y que de ahí en adelante haya

otra cosa, lo más probable es que esa cosa sea nada.

En la novela *Punto de mira* de Arthur Miller, un personaje oye un disparo, siente que lo toca y ya todo es oscuridad. No hay más datos o nos queda imposible interpretarlos. Pero queda la afirmación de Antoine Lavoisier: nada se destruye, simplemente se transforma. En la química esto funciona, así y el elemento se vuelve escoria o, en términos de Paracelso, *opus nigrum*.

LA MUERTE COMO RITO Y MITO

La ritualidad es la marca que le ponemos a los principales hechos de la vida. De esa manera la medimos por etapas cumplidas. Ritos al nacer, al entrar a la vida adulta, al casarnos, al graduarnos, al ser reconocidos y al morir. En esta ritualidad los vestidos cambian, igual que las comidas (es una festividad), las expresiones y responsabilidades. Esto estando vivos. En el de la muerte (a pesar de la tanatoestética), el rito indica que el fallecido ya descansa en paz: no más obligaciones con nadie, no más pasiones ni dolores, no más estudios ni lecturas, no más sociedad, política ni ciencia.

En este punto, los funerales, las costumbres son variadas y dependen de las religiones, la masonería, los protocolos si se es alguien importante, los fetiches, el nivel de ateísmo y el tratamiento psicológico a los duelos (lo que se ha vuelto tan buen negocio como las funerarias). Pero hay algo que

les es común: la aparición del fuego (es un elemento transformador) y la elegía (no hay muerto malo); la elegía es un recuerdo cargado de adjetivos positivos y el fuego una tradición primitiva activa. Los griegos encendían una vela para que el muerto iluminara el camino oscuro que debía recorrer por el Hades (el Averno, la laguna Estigia, el tártaro), a la vez que colocaban bajo la lengua del difunto una moneda para pagarle el viaje al barquero Caronte.



Vista frontal de la puerta interior del
Cementerio de San Lorenzo
Fuente: Wikimedia Commons
<https://bit.ly/3Awu7a6>

Hoy pasa algo similar: las velas se encienden (en la India navegan con las cenizas del fallecido) y se paga algo por el alma del difunto (misas, hechos a su nombre). Y ahí comienza el mito. ¿Dónde estará, con quién, en qué tiempo? ¿Ha viajado y volverá atraído por la comida, como pasa en México? ¿Estará por ahí husmeando para ayudar en caso de peligro, como las ánimas del Purgatorio? ¿Dormirá hasta el momento en que suene la trompeta del

Juicio Final? ¿Seguirá compartiendo la cama de su pareja, como Vadinho el de *Doña Flor y sus dos maridos*? ¿Se habrá arrepentido y no tendrá que recorrer los círculos de Dante, que comienzan por el Limbo, siguen con el Infierno, pasan por el Purgatorio y al fin llegan al Paraíso?

En el rito de los funerales se trata de que el fallecido no se salga de la memoria de los presentes, que siga viviendo ahí, y si hay más allá, que sus errores se hayan corregido y lo bueno le sea tenido en cuenta. Y en todo este mundo, en el que las palabras no cesan de crear posibilidades, la muerte sigue presente y, como dice Buda, se duerme siempre con ella. Por eso hay que besarla, decirle que es bella y desearle que el tiempo sea bueno, para que no se altere y mate al durmiente.

Esta convivencia con la posibilidad de morir a destiempo es lo que nos asusta. Los latinos decían *mors certa, hora incerta*. Y si bien hay gente como los frailes cartujos que la esperan a cada momento (para ellos morir es una fiesta, como diría Borges), morirnos es algo aburridor, a menos que se sufra tanto que la muerte sea mejor que la vida, como escribió Freud en una elegía a un alumno suicida, cosa que le paró los pelos a muchos creyentes, de esos que esperan a que sea la naturaleza (o Dios o el ángel del beso frío) la que lleve a la muerte, y no una sala de eutanasia o el cañón de una pistola.

Hay un chiste de dos monjes se encuentran en el corredor de un claustro, y uno dice: «Hermano, de morir tenemos». El otro le responde: «Claro, si no comemos». Y quizá esta sea la esencia del miedo a morir: mientras haya qué comer y hacer, a quién amar y cosas qué ver, da mucha aburrición morirse. Por esta razón, en el judaísmo se le desea a otro que viva hasta los 120 años (la edad de Moisés). A esta edad ya no se sabe qué comemos, la memoria no funciona, estar aquí o allá es lo mismo, y morirse no da miedo porque es solo quedarse dormido.



Fuente: www.cathopic.com <https://bit.ly/44xhPvK>

EMPERATRIZ MUÑOZ PÉREZ



Fotografía cortesía de la autora.

Tecnóloga en Gerontología, novelista, cuentista y promotora de lectura. Ha publicado *A Dios le dio Alzheimer y otros cuentos* (2008), *La casa en el barrio* (2013), *El asunto* (2015) y *Una sombra* (2016). Algunos de sus cuentos han sido publicados en revistas y en antologías. Actualmente dirige el Taller de literatura para adultos mayores y el de Iniciación a la creación literaria de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

LOS QUE NADIE SABE QUIÉNES SON

Viajo en la silla que da a la ventana del bus que recorre la ruta 284 de Barrio Nuevo en Bello, al norte del Valle de Aburrá. Tengo la edad suficiente para escuchar como mi madre, al pasar por el Cementerio Universal, me dice al oído, bajito, como para que nadie escuche, «Ahí entierran a los NN».

El tono de su voz que siempre es recio, me indica que eso que está diciendo no puede, por alguna razón, ser repetido en voz alta. Parece un secreto o tal vez algo vergonzoso. Eso no lo entiendo en ese momento: para llegar a esta conclusión debo cruzar esa calle durante muchos, muchos años, y regresar en la memoria a la madre de aquellos días que, con algo de temor, me explica, ante la natural pregunta, que los NN son los muertos que nadie reclama. La respuesta trae otra pregunta, también natural: «¿Cómo así que nadie reclama?» Y como a ella se le agotan las respuestas, quizá solo me responde: «Pues son los que nadie sabe quiénes son». Veo, a través de las rejas que rodean el cementerio, un campo verde del que surgen pequeñas cruces de cemento, entiendo que debajo de ellas

están los sin familia o con familia, pero sin reclamar, o los que definitivamente nadie sabe quiénes son; es decir, los NN de mi madre.

El tema me resulta terrible, la imagen agota mi imaginación y no puedo explicarme cómo nadie los reclama, cómo es que no tienen familia o cómo es que nadie sabe quiénes son. Podría simplemente ser un tema de difuntos en un cementerio y ya, pero el contexto de misterio y tal vez por los pocos años y la mucha desinformación que me acompañan, el Universal se convierte en el origen de todos los fantasmas que habitan mis noches. Cualquiera fantasma, cualquiera, sale de sus tumbas para mover las cosas de mi casa por las noches, o caminar por el tejado o arrastrar cadenas y mover llaves. *¡Qué condena que además de ser NN tenga como oficio entrometerse perpetuamente en la vida de los vivos cuando ya no tiene nada que hacer en ellas!* Eso me lo digo después cuando ya no les tengo miedo, pero cuando eran reales en mi realidad infantil, me agotaban hasta perder cualquier entusiasmo por la vida.

Solo el tiempo me demostró —y me sigue demostrando— que el tema del Cementerio Universal es más que un asunto de fantasmas, aunque mi mente infantil lo redujera a eso. El misterio de mi madre era el secreto que esos muertos se llevaron a sus tumbas, por condenarlos al «no se sabe quién es»; como si no pudieran decir nada porque al hacerlo revelaban de los que

quedaron vivos, tras su muerte, secretos mucho más vergonzosos. ¿Qué era lo que callaban?



Fuente: www.cathopic.com
<https://bit.ly/3VwPodc>

Lo de la vergüenza es un discurso reciente en mí. Cuando viajo en la ruta 284 al lado de mi madre y paso por el cementerio, solo me queda el miedo y el deseo de quitármelo, pero para ese momento no sabía que eso se logra comprendiendo qué es lo que realmente habita en él. Porque no se trata solo de muertos, son muertos muy especiales para los que el maestro Pedro Nel Gómez, ni más ni menos, diseñó el más hermoso e imponente camposanto pensado como un Parque Jardín —de eso me entero después—, y que no llegó a ser tan hermoso como él lo quería porque —y esto lo digo con enfática ironía— lo que avergüenza a una sociedad no puede ser enaltecido, ¡no señor! La pobreza, la indigencia, la violencia, el abandono, las malas

prácticas deben ser calladas... Las ideas de un espíritu libre como el del maestro, que cree que a aquellos a los que les faltó todo en la vida merecen en la muerte lo mejor, no pueden progresar más que en el papel en un hermoso diseño que no terminó de completarse.

Seguramente las interminables disputas políticas forjaron el destino de este cementerio, lleno de buenas intenciones en su historia, pero oscuro en su realidad, sostenido a medias. Aunque fueron muchos los que tuvieron el propósito sincero de completar la obra y dar la dignidad al hombre en su último escalón, les faltó el aliento necesario para hacerlo.

Mi madre reconocía al Cementerio Universal como el de los NN, pero era más reconocido como el de los pobres, una marca que han querido eliminar sin que sea posible, además, ¿para qué? No ha sido suficiente renombrarlo como Jardín Cementerio Universal para borrar el sino de su historia, marcada también por la violencia de nuestra ciudad a finales de los años 70 y prolongada en el tiempo, sirviendo como lugar para entierros no autorizados, centro de torturas y dicen algunos, hasta para asesinatos —cosa que no era privativa del cementerio: las calles de Medellín, sus laderas, las orillas del río y botaderos de escombros, fueron territorios que sirvieron de marco a la violencia—.

Ya no viajo en la ruta 284 y el Jardín Cementerio Universal sigue estando ahí, hablando en su silencio. Decido visitarlo con las fuerzas de una mujer adulta que

ya no cree en fantasmas, que sabe que otras *cosas* más reales pueden hacer más daño que el sonido de unas cadenas inexistentes en medio de la noche, arrastradas por no se sabe quién.

Camino por su sendero y miro la extensión verde destinada para las inhumaciones en tierra, son irregulares y ya no tienen cruces; me pregunto si aún contienen cuerpos. Avanzo hasta las primeras galerías para leer en sus lápidas los NN de mi madre y no encuentro ninguno, en reemplazo aparecen las siglas CNI (cuerpo no identificado) y en la mayoría PNI (persona no identificada). Me gusta la eliminación del NN que no me dice nada, tampoco el del cuerpo no identificado y me quedo con el de *persona* que me dice más. Puede que nadie sepa quién es, que nunca se sepa, pero al llamarlo persona se sabe que fue, que su existencia fue más que un cuerpo, no importa qué clase de existencia haya tenido, y el hecho de que sus restos reposen en el camposanto diseñado por el maestro, le da algo de dignidad a su muerte. Es que para eso son los rituales, para establecer vínculos simbólicos que de alguna forma den sentido a la existencia, y a la muerte que es parte inseparable de ese existir.

Más adelante encuentro la capilla, aunque no es la que diseñó el maestro: esa, universal, independiente de credo, y que permitiría a los dolientes un momento de reflexión, no llegó a construirse. En la historia del cementerio se dice que sería la primera capilla en un camposanto. Esta capilla austera, con

la que me encuentro, solo se construyó hasta la primera década del siglo XXI.

En este transitar por las galerías, las nuevas y las antiguas, con sus bóvedas vacías de nombres, o con sus flores y mensajes para quien fuera abuela, madre, hija, hermana, ¡la mejor!, me encuentro también con las palomas que hacen sus nidos en los techos altos, con un gallinazo que en la cúspide de una galería extiende sus alas para quitarse el frío, con un perro viejo y regordete que vive en el cementerio, con las garzas escarbando en la tierra y algunas ardillas trepadoras de tumbas y árboles. Compruebo que hay vida en el cementerio, aunque muy poca gente visitando a sus difuntos.

A pesar de estar rodeado del ruido de la carrera 65, el del parqueadero del frente y de los negocios del costado, el lugar guarda silencio, aunque son muchos sus habitantes, porque allí también reposan los restos de las 17 000 personas que fueron trasladadas del Cementerio San Lorenzo y el Parroquial. Este traslado me confirma el sentido de *universalidad* que alentó su creación, porque para eso fue pensado: para acoger a todos sin distinción; así no importa mucho que el diseño arquitectónico —que está expuesto en una de las paredes junto a la capilla—, no se haya completado.

Al final pienso que es bueno tener un lugar para aquellos que aún seguimos rastreando en su ausencia, a los desaparecidos, las personas sin identificar. Y comprendo que a pesar de las



Ángel de piedra

Fuente: www.cathopic.com

<https://bit.ly/3NDK31W>

dificultades por las que ha pasado —por el olvido sistemático evidenciado en el deterioro de algunos de sus espacios—, no ha sido débil la tarea del Jardín Cementerio; está ahí para que sea visto en la ruta del bus, en el carro particular o en el transeúnte de a pie, para decirnos que no es posible callar la realidad de una sociedad desigual, masacrada en algunos casos, que pretende olvidar en sus PNI lo que ha construido.

Me gustaría decirle a mi madre que no hable bajito, que la vergüenza no es de quienes no llevan nombre ni identidad, sino de una sociedad que en la debilidad de sus estructuras cultiva la desigualdad, la violencia, y que al callar pretende el olvido. Y todos los PNI del Universal están justamente para eso, para hablar recio, y me gusta la propuesta de convertirlo en un espacio más para la memoria, como una reparación simbólica en honor a las víctimas y los desaparecidos. De esto da testimonio el mausoleo «Ausencias que se nombran». Así que abandono el cementerio

comprendiendo al fin que el temor de mi madre nada tenía que ver con sus NN, sino con su propio miedo al olvido, pero a ese olvido que niega la realidad, que pretende ocultar la discriminación que borra nombres, condiciones sociales, carencias, lo humano que hay en nosotros.

Entiendo que el Jardín Cementerio Universal no calla, denuncia en su silencio. Y es a esa denuncia a la que muchos le tememos: tal vez por eso elegimos convertir a sus residentes en fantasmas.



Museo Cementerio San Pedro, Medellín
Fuente: Wikimedia Commons <https://bit.ly/41O6Yff>

VÍCTOR ENRIQUE ORTIZ GARCÍA



Fotografía cortesía del autor.



Antropólogo con estudios en arquitectura e historia de Medellín y la región antioqueña. Miembro Correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia. Obtuvo el Premio India Catalina por su trabajo en el programa de televisión *Quién dijo viejos*. Es divulgador de patrimonio e historia por medio de su propio canal. Asesor, consultor e investigador en temas culturales, históricos, patrimoniales y antropológicos.

LA CIUDAD DE MÁRMOL

Una mañana que jamás olvidaré

Esas personas que vienen cada día a las tumbas son las que de verdad se asemejan a fantasmas.

Valérie Perrin, El secreto de las flores

Esta historia me sucedió una mañana que jamás olvidaré. Ocurrió no hace mucho un miércoles de febrero. De ella aún tengo los recuerdos frescos y la grabación en mi teléfono. No veía la hora de llegar a mi casa y escribirla. Me llamo Gabriel y estoy en los primeros semestres de universidad, esos que son decisivos para entender si de verdad le gusta a uno la carrera. Estudio Historia. Y después de esa mañana me convencí de que estudiar y escribir historias para que no queden en el olvido, ¡es lo mío!

Eran más o menos las 9 de la mañana y, como es frecuente en Medellín, ya hacía calor y el sol picaba en la piel; no había ni una sola nube y el cielo estaba azul. Al bajar las escaleras de la estación Hospital del metro, comencé a caminar sin afán, con los audífonos puestos, escuchando a alto volumen la música rock que tanto me gusta.

El destino de mi caminata era el Cementerio Museo San Pedro, a dos cuadras de la estación. Debía redactar, como trabajo para la materia Historia

y Patrimonio, un texto descriptivo que contara alguna historia sobre el pasado de ese lugar. El profesor nos puso a elegir entre muchos lugares de la ciudad: el Salón Málaga, el Museo El Castillo, el Hotel Nutibara y el Palacio Egipcio, entre otros, de una lista de aproximadamente veinte lugares históricos. Yo elegí el cementerio, ya que lo había conocido solo diez días antes, cuando unos amigos de la universidad me invitaron a visitar la tumba de Elkin Ramírez, el Titán del rock, cantante de *Kraken*, porque ese día se cumplían 6 años de su muerte. Asumí que sería genial: amigos, vinito, la música que me gusta y un cementerio que me pareció muy bonito y lleno de historia.

Caminé por la acera en la que se encuentran varias floristerías y mar-molerías que comercian con lápidas; el ambiente fúnebre se respiraba aún sin llegar al camposanto. En una chaza compré un cigarrillo, mi único vicio. Ya frente a mi lugar de destino comencé a distinguir el olor a flores frescas, como recién cortadas, que venía de los puestos de venta de ramos y ese olor lo asocié —no sé por qué— con la muerte.

Finalmente estaba ante la puerta de aluminio brillante del Cementerio Museo San Pedro. Dos vigilantes uniformados saludaban a las personas y cumplían sus labores de requisar u orientar. Unos pasos más allá había un señor de bigote y cabello blanco, delgado, alto y elegante, parado con las manos atrás; no estaba vestido de cachaco ni tenía ropa

extravagante, pero había cierta belleza en sus zapatos negros bien lustrados, en su cinturón de cuero con hebilla cuadrada metálica, en su camisa y pantalón negros; en todo ello se notaba su elegancia y distinción, esa que emanan muy pocas personas solo con verlas; tenía edad de jubilado o, incluso, más años. Al notar que lo estaba mirando, me miró muy fijamente. Mi reacción inmediata fue alzarle las cejas para saludarlo, como hacemos casi todos por estas tierras. Él asintió gentilmente con la cabeza y continuó observándome.

Les expliqué a los vigilantes que era un estudiante universitario, que quería hacer un trabajo académico, que debía hacer unas entrevistas y que me iba a tomar un par de horas en el interior del cementerio; uno de ellos me indicó que debía ir donde John Jairo, en la recepción, y que debía avisar de mi visita para solicitar ese permiso con la dirección del lugar. Así lo hice y le dije al empleado que, además de recorrer el cementerio, iba a hacer unas entrevistas. El recepcionista me informó que el cementerio era, además, un museo hacía más de 20 años; ya sabía eso y desde hace mucho tiempo quería conocer el cementerio por sus famosas visitas guiadas nocturnas y los videos subidos a internet por un historiador de Medellín a quien sigo en las redes.

Después de conversar con el empleado avancé tres pasos, me paré en medio de la calle central del cementerio y miré hasta el atrio de la capilla, al fondo.

Giré la cabeza y me encontré de nuevo con la mirada del señor que me impactó poco antes; esta vez, él caminó hacia mí y me dijo, en un tono amigable, con voz ronca y varonil:

—No fume, ¡eso no es bueno! Fumar no le hace bien. Si supiera, muchacho, la cantidad de gente que hay aquí en el cementerio porque ¡dizque le gustaba fumar! Y hay algunos que aseguran, ja, ja, ja, que hasta los escuchan toser por la noche.

Debo confesar que ni me asustó ni me tomaron por sorpresa sus palabras; es más, al escucharlas las asumí como sin-ceras, como cuando el papá o el abuelo nos dan un consejo. Sin yo contestarle nada, él siguió con la conversación:

—Discúlpeme, muchacho, me di cuenta de que usted me estaba mirando desde que llegó y, además, fue inevitable escuchar la conversación que tenía con aquel otro muchacho. No fue mi intención, pero ¿viene usted a hacer preguntas, a hacer entrevistas, para escribir una historia? Vea. Yo me conozco este cementerio hace tantos años que hasta le puedo decir que es como si conociera—dijo dubitativo, y mirando al piso levantó la cabeza con los ojos cerrados—, conozco y conocí a muchas de las personas que están aquí dormidas. ¡Porque ellos están dormidos! ¡Están esperando el Juicio Final!

—Señor, ¿usted trabaja aquí?

Mirando los ojos marrones de ese señor descubrí que se le estaban

poniendo blancos, como si una tenue nube comenzara a cubrirlos.

—Trabajar, muchacho, lo que se dice trabajar, ¡no! Yo ya trabajé lo que iba a trabajar, ¡por Dios!—, hizo una pausa y luego se dibujó una sonrisa sarcarrona en su rostro—. ¡Yo aquí me la paso descansando! Hace muchos años acostumbro este lugar para descansar, para encontrar paz y silencio; lejos de esa bulla en la que convirtieron a la Villa de Medellín, o bueno, como ustedes la llaman ahora: la ciudad de Medellín—, afirmó, haciendo un ademán con los dedos como indicando comillas y con un gesto de desaprobación en su semblante.

—Señor, ¿usted me podría acompañar un rato? Y si sabe una que otra historia, ¿me la podría compartir?, así me quedaría más *bacano* el trabajo.

—¿*Bacano*?—. Su extrañeza por mi expresión hizo que su ceño se frunciera radicalmente.

—Sí, *bacano*, pues, más completo—, traté de explicarle el porqué de mi expresión.

—Pues tiempo, muchacho, tiempo es lo que yo tengo. Muchos como yo a estas alturas lo que tenemos es tiempo, mucho tiempo. Yo lo acompaño un rato y le cuento algunas historias. Es que yo podría decirle, incluso, que hasta me tocó vivir muchas de ellas, ja, ja, ja.

—Señor, ¿será posible que usted me deje grabarlo?—, le pregunté mientras sacaba mi teléfono móvil del bolsillo del jean. Él miró la mano con la que

sostenía el aparato y me dijo con un gesto de extrañeza y curiosidad:

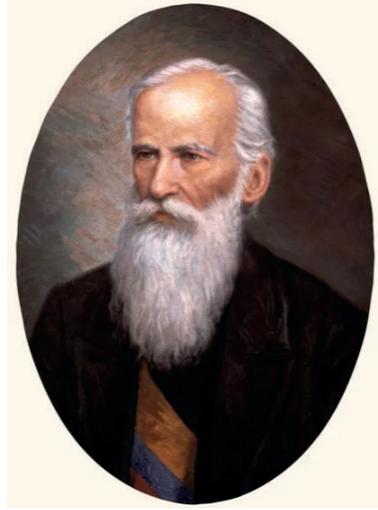
—Esos aparatos de hoy en día hacen de todo. Antes había que tomar nota, escribir y para eso había que andar con libreta y lápiz para toda parte—, dijo con algo de resignación.

En ese instante me embargó un sentimiento de alegría, de haber tenido suerte, de saber que el trabajo para el profesor me iba a quedar muy completo porque, además, era una de las cosas que él nos había pedido: entrevistas. El señor se me adelantó unos pasos y empezó a hablar; apresuradamente me le acerqué y sostuve el teléfono cerca del pecho.

—Vea, por ejemplo—, dijo, señalando hacia la izquierda un mausoleo, justo al lado de la recepción—. En este mausoleo blanco está nada menos que un conservador. ¡Qué digo un conservador! ¡*Este!*—, continuó señalando despectivamente con el mentón—, *este* fue el fundador del Partido Conservador Colombiano. Ahí está, ¡véalo! don Mariano Ospina Rodríguez—, seguía indicando hacia el mausoleo, como si esa persona estuviera parada allí mismo—. Y este fue, nada más y nada menos, que presidente de este país dos veces—, dijo, describiéndolo con un gesto burlón, como las muecas que hacen los niños con el vaivén de su cabeza—. Y en su juventud, el viejo Mariano se unió a un grupo de revoltosos, de rebeldes, unos amotinados que eran leales a don Francisco de Paula

Santander y que intentaron asesinar al Libertador Simón Bolívar, en lo que llaman la Conspiración Septembrina de 1827.

—¡Que interesante, señor!—.



Fragmento del retrato presidencial de Ospina.
Museo Nacional de Colombia.
Fuente: Wikimedia Commons
<https://bit.ly/3LKJORo>

Yo lo miraba atentamente; era como que si estuviera en clase con mi profesor preferido que hasta se me olvidó pestañear. Y seguía narrando con un tono efusivo.

—Don Mariano Ospina Rodríguez, como político, se ganó poderosos enemigos. Imagínese, muchacho, que siendo presidente reformó la Constitución en el año 1858 y le puso otro nombre a este país, uno de tantos que hemos tenido; con esa Constitución pasó a llamarse Confederación Granadina con los territorios de la actual Panamá y Colombia;

esa fue la época de los estados soberanos: el Estado Soberano de Panamá, hoy un país, y el Estado Soberano de Antioquia, hoy un departamento. Ese cambio, imagínese, terminó en guerra civil, la guerra de las Soberanías o guerra Magna.

»El viejo Ospina se enfrentó a muchos poderosos de aquel entonces, entre esos el más liberal de los liberales, mi general don Tomás Cipriano de Mosquera, el general «Mascachochas», quien fue tres veces presidente de los Estados Unidos de Colombia, una vez presidente de los Estados Unidos de la Nueva Granada, una vez presidente de la República de Nueva Granada, y gobernador-presidente del Estado Federal de Antioquia. Imagínese, cinco veces presidente de este país, y una vez gobernador de Antioquia y ocupó otros muchos cargos más en el Gobierno—, y mientras me decía todo llevaba la cuenta en los dedos de su mano izquierda.

»Don Tomás se enfrentó al viejo Mariano y lo derrotó en su propia tierra, en Cundinamarca; tras la derrota, lo obligaron a abandonar su cargo y fue condenado a muerte. Se les escapó y se exilió por Centroamérica.

Era maravilloso escuchar a ese señor, no quería perderme nada de lo que decía, no paraba de admirar sus gestos y la seguridad con la que narraba todo.

—Ese viejo Mariano no era antioqueño, nació en Guasca, Cundinamarca, pero se casó aquí por tercera vez. Se casó con una medellinense, doña Enriqueta

Vásquez Jaramillo, que descansa detrás de él; ella está en el espaldar, en la parte de atrás de este mausoleo, no aquí en el frente como el marido. Esos Vásquez tuvieron mucho dinero y poder político, y con eso le ayudaron demasiado al viejo Mariano—, decía mientras apuntaba firmemente con su índice.

—A mí me gusta mucho aprender, señor; muchas gracias por ayudarme con mi trabajo. Le extendí la mano derecha para estrechar la suya y no lo conseguí. Parece que él no lo vio. Hice caso omiso y le formulé inmediatamente otra pregunta:

—¿Tulio Ospina?—, dije, señalando con mi índice a otra lápida que se encontraba en la parte superior del mismo mausoleo. Sin dudar, el señor me contestó inmediatamente.

—Don Tulio Ospina. Ese es uno de los 14 hijos del viejo Mariano. Este Tulio es uno de los 7 que tuvo con Enriqueta—, y en seguida, añadió, adoptando un gesto de complicidad de quien quiere contar una infidencia—: Vea, muchacho, le desenredo esto: el viejo Mariano se casó tres veces, dos de ellas con dos hermanas de apellidos Barrientos Zulaibar, que fueron sus primeras esposas. Primero se casó con doña Marcelina y cuando ella murió se casó con la hermana, doña María del Rosario, que alguna vez había sido su cuñada, y con ambas tuvo hijos, esos muchachos eran hermanos, medio hermanos y primos a la vez, ja, ja, ja—, dijo, riendo de manera despectiva y alzando su ceja derecha.

—Don Tulio Ospina Vásquez, según recuerdo, nació aquí en Medellín en una casa colonial enorme, en el cruce de la calle de El Prado con la Calle Real, diagonal de la Ermita de la Veracruz de los Forasteros. Él fue ingeniero de minas y cofundador, rector y profesor de la Escuela de Minas y también llegó a ser rector de la Universidad de Antioquia. ¡Rectores de esa universidad hay aquí varios descansando! Esos Ospina llevan la política en la sangre; ellos ocupaban importantes cargos en el Gobierno por todas partes. Este Tulio, por ejemplo, también fue, entre otras cosas, senador y ministro de Instrucción Pública. Pero, con todo, don Tulio Ospina Vásquez fue muy buen historiador.

—¡Yo estoy estudiando Historia, señor!—, lo interrumpí, casi rayando en la euforia—. Mi sueño es ser orgulloso miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

—Vea, pues, lo que son las coincidencias de la vida, muchacho. Don Tulio Ospina Vásquez fue fundador, junto con el médico Manuel Uribe Ángel, que también está aquí en este cementerio descansando, de la Academia Antioqueña de Historia y, perteneciendo a ella, fue miembro de la Academia Colombiana de Historia. Se casó con Ana Rosa Clara Pérez Puerta y en ese hogar nacieron 10 niños, 5 mujeres y 5 varones, pero los menores sobresalieron por encima de sus hermanos. Los más famosos fueron Marianito, Tulio y Sofía.

—Cuénteme de ellos, ¡por favor!

—A ver, Marianito el chiquito, don Mariano Ospina Pérez, pocos saben que tiene un Luis adelante, su nombre era Luis Mariano. Ese conservador también fue presidente de la República de Colombia, como lo fueron su tío Pedro Nel y su abuelo el viejo Mariano. Marianito no descansa en este cementerio ni sé dónde estará, seguramente en Bogotá.

—Pero, ¿qué me puede contar también de él? Pues, para que el trabajo me quede más completo—, le decía yo, demostrando interés en todo lo que él me estaba contando, tratando de conseguir más historias y más información.

—Sí, pero yo conozco más las historias de los que están aquí descansando, muchacho. Me son más familiares.

Esta vez, le noté tristeza en lo pausado de su última frase.

—Conversemos de lo que usted quiera, señor.

—Le cuento lo que sé de ellos. Sigamos con don Mariano Ospina Pérez, aunque él no esté descansando aquí en el Cementerio San Pedro. Le tocaron cosas muy duras en su mandato.

—Cuénteme, por favor, algo de eso.

—Siendo él presidente y estando cerca de la capital con su esposa, la medellinense doña Berta Hernández Fernández estalló El Bogotazo, eso tan horrible del 9 de abril de 1948. Eso le tocó a él. Le cuento de una hermanita de Marianito Ospina, de esa que uno

oye mencionar mucho, la Sofía; la que se casó con ese muchacho don Salvador Navarro y que terminó dizque siendo periodista y escritora. Y escribió en los periódicos, publicó varios libros y varios cuentos, hasta poesía con su nombre de casada: doña Sofía Ospina de Navarro; los que más le han leído son *La buena mesa* y *La abuela cuenta*. Pero, dejemos la historia de esa señora ahí. Es que, además, ella tampoco está descansando aquí.

»Sigamos hablando del viejo Mariano. Como ya le había contado, él, en los dos primeros matrimonios, los que fueron con las que eran hermanas, tuvo 7 hijos; de los hijos de los primeros matrimonios, no sé mayor cosa. Lo que sí sé es que con doña Enriqueta Vásquez tuvo los otros 7 hijos, 2 mujercitas y 5 varones: María, Concepción, Francisco, Santiago, Mariano, Tulio, del que ya le hablé, y Pedro Nel, que también fue presidente.

—¿Pedro Nel? ¡Hábleme de él, por favor, señor! ¿Y también está enterrado ahí con el papá, la mamá y el hermano?—, dije señalando hacia el mausoleo blanco.

No me molestaba en disimular mi entusiasmo al preguntar; me sentía sediento de conocimiento al lado de ese señor. Quisiera que, de una vez, él me contara todo lo que sabe, todo lo que recuerda. Me pasó por el pensamiento esa frase que uno escucha mucho por ahí, esa que le dicen a alguien cuando posee mucho conocimiento: «Vos

deberías escribir un libro» Yo creo que este señor no tiene un libro en la cabeza, ¡lo que debe tener es una enciclopedia!

Y contestando a mi última pregunta, me dijo:

—No, don Pedro Nel Ospina Vásquez no está descansando ahí con el papá y la mamá, no. Él tiene su propio monumental y espectacular mausoleo, uno de los más bonitos de allá del patio central, puro mármol italiano para que él y su familia descansen.



Mausoleo de la familia Ospina Vásquez.
Foto Cortesía del Museo Cementerio San Pedro.

Mientras él decía eso, caí en la cuenta de su insistencia en aclarar que están en el cementerio *descansando*.

—Discúlpeme, por favor. Yo ni siquiera me presenté y, peor aún, ni siquiera le pregunté su nombre—, le dije, algo apenado con quien tan gentilmente me había acompañado y conversado conmigo todo este rato—. Yo me llamo Gabriel.

—¡Como el arcángel!—, dijo, interrumpiéndome.

—Sí, señor, como el arcángel. Dicen que mi abuela materna fue quien sugirió, casi que impuso mi nombre a mis papás.

De nuevo le extendí mi mano derecha para presentarme como se debe, como me enseñaron y, de nuevo, el señor me la dejó estirada, como la vez anterior. No me sentí ofendido, pero quería encontrar un porqué no me daba la mano y traté de darme respuestas. Como ese señor lo miraba a uno fijamente a los ojos con sus brazos en la espalda, ¿será que no me vio la mano?, o ¿será él una de esas personas a quienes no le gusta el contacto físico? Extraño. Los señores de edad son incluso los que le enseñan a uno que se da un gran apretón de manos al momento de uno presentarse con otra persona. Esta situación me dejaba pensativo, pero no incómodo; quiero insistir en que el señor me transmitía tranquilidad y confianza, y sus historias y tono de voz me hacían mantener en constante atención. Sin darme la mano y con sus brazos en la espalda, continuó con la presentación.

—Mi nombre es Carlos, me sabrá entender, por favor, que no le diré esta vez mi apellido—, me lo dijo envuelto como en un halo de misterio, él tendrá sus razones, comprendí.

—Mucho gusto, don Carlos.

—El gusto es mío, muchacho.

—Don Carlos, ¿usted qué sabe de la historia de este cementerio? ¿Cómo nació? ¿Quién fue el fundador?

Yo me cercioraba constantemente de que el teléfono estuviera grabando toda la conversación. Me daba temor de que la aplicación de grabación de voz se cerrara y me quedara sin esto.

—A ver, muchacho, esa historia sí me la sé completa, casi como que la hubiera vivido, ja, ja, ja.

Su risa era cómplice, así como la de alguien que conoce un secreto. Yo estaba más que convencido de que esta respuesta también sería maravillosa, así como la historia que acababa de escuchar de los Ospina.

—Imagínese que en la Medellín que a mí me tocó había dizque cementerio para los ricos y cementerio para los pobres.

«¿Que a él le tocó?» Me quedé pensando en esa frase con extrañeza. Pero, mi decisión era estar en silencio para no interrumpirle, aunque me quedó retumbando en el pensamiento lo que dijo.

—¡Sí, muchacho! ¡Cementerio para los ricos y cementerio para los pobres! Y los ricos que aquí descansan justificaron el tener su propio cementerio—, y al decir esto, don Carlos puso un gesto burlón en su rostro, no de resentimiento hacia esos ricos, sino más bien como un gesto infantil.

—Es más, vamos hasta el lado de la entrada para que lea una placa de mármol que hay ahí; esa placa estuvo en el antiguo portón de entrada, uno hermoso que tumbaron para hacer todo esto tan moderno—, dijo, señalando con la mirada el edificio de oficinas que

se encuentra justo sobre la entrada principal actual del cementerio.

Dejamos atrás el Mausoleo de Mariano Ospina Rodríguez y nos desenvolvimos hacia el costado derecho de la entrada. Si uno se para en la entrada viendo hacia la capilla, justo al lado de las escalas de la derecha, en una columna está dicha placa. Si don Carlos no me la hubiera enseñado nunca la hubiera visto.

—¡Véala ahí!—, señaló con su índice derecho—. ¡Venga, muchacho, la leemos juntos!

Cuando estuvimos parados frente a ella comenzamos a leerla los dos en voz alta, yo no soltaba mi teléfono móvil y trataba de acercárselo lo más posible a él para grabar su voz. Esa placa dice esto:

HERENCIA DE NUESTROS FUNDADORES. CASI NO HAY PAÍS CIVILIZADO SOBRE LA TIERRA EN QUE LOS SEPULCROS NO HAYAN LLAMADO LA ATENCIÓN DE LAS AUTORIDADES Y DE LOS PRIMEROS MAGISTRADOS; PUES DE SU ASEO Y LIMPIEZA Y BUENA SITUACIÓN DEPENDEN HASTA CIERTO PUNTO LA SALUBRIDAD DEL LUGAR EN QUE SE ESTABLECE. NO NOS INDUCE PUES A LA CONSTRUCCIÓN DE ESTE NINGÚN OBJETO DE RIDÍCULAS Y VANAS DISTINCIONES, SINO EL BIEN GENERAL DE LA POBLACIÓN, Y EL PLACER O MEJOR DIREMOS CONSUELO DE VER REDUCIDOS LOS RESTOS DE NUESTRAS FAMILIAS, Y QUE DESPUÉS DE TRANSCURRIDOS TRES, CUATRO O MÁS SIGLOS, PUEдан NUESTROS DESCENDIENTES, AL VISITAR ESTE LUGAR FÚNEBRE,

DECIR: AQUÍ YACEN LAS RELIQUIAS INANIMADAS DE NUESTROS PROGENITORES, ELLOS FUERON VIRTUOSOS. IMITÉMOSLES PARA QUE, ACOMPAÑÁNDOLOS ALGÚN DÍA EN ESTE TRISTE RECINTO, LOS ACOMPAÑEMOS TAMBIÉN EN LA MANSIÓN DE LOS JUSTOS.

—Aquí en este cementerio sí están descansando virtuosos y también justos, pero todos no—, subió incluso la voz, casi como gritándole a alguien a nuestro lado—. Este cementerio se lo debe la Villa de Medellín a don Pedro, al don Pedrito, al médico Uribe, a don Pedro Uribe Restrepo, aunque en su época se escuchaba su nombre con sus apellidos con «y» y también con «de», entonces se oía hablar de Pedro Uribe y Restrepo, o Pedro Uribe de Restrepo y se sabía que era el mismo señor, el mismo caballero, «El médico».

Ya era notorio en los gestos de don Carlos el acentuar con sus dedos las comillas, casi un ademán.

—Ese era el nombre del médico, de don Pedrito. Sin irnos del tema, le cuento brevemente qué es eso de *don*—, dijo, llevándose la mano a su cabeza, quizás retocando su peinado o para organizar la idea.

—Muchacho, eso de llamar a las personas con el don y la doña antes del nombre nos llega de nuestro orgulloso pasado español, quizás para otros no lo sea tanto. De España nos llegó esa bonita costumbre de distinción social, la cortesía, pero, sobre todo, es una expresión de respeto.

»El médico don Pedro Uribe Restrepo tuvo 15 hermanos y 4 medio hermanos, y era hijo de una familia muy acaudalada. Don Pedro Uribe se hizo doctor en medicina y cirugía en Bogotá y luego se fue para Europa, a Francia, para perfeccionar sus estudios y adquirir más cultura. Él acostumbraba siempre traer a la Villa de Medellín, después de sus viajes, cosas y artefactos desconocidos como libros, medicamentos, químicos, instrumentos médicos y quirúrgicos; a su llegada organizaba reuniones y tertulias para enseñar, explicar y popularizar todas esas novedades.

»Él puso además una de las primeras farmacias en la historia de la Villa de Medellín, y se le conocía como La Botica de los Isazas ¡Toda una novedad! Vendían medicamentos para casi todas las enfermedades; ya no solo había que confiar en brujos, curanderos, yerbateros y teguas. ¡Teníamos a los médicos! Fue uno de los fundadores del Hospital San Juan de Dios, que existió en las afueras de la Villa de Medellín, sobre la Calle de La Alameda; cómo cambió la villa, muchacho, a eso hoy le llaman la calle Colombia. Ese hospital estaría hoy en pleno centro, en la calle Colombia con la carrera Cúcuta.

A veces sentía en el tono de voz de don Carlos mucha tristeza y melancolía al referirse al pasado.

—Recuerdo bien que don Pedrito regresó de las europas en 1836. Lo recuerdo muy bien porque en ese año se inauguró el Teatro Principal; después, en 1919, lo llamaron Teatro Bolívar

hasta que en 1954 lo demolieron, ¡como todo lo bonito en Medellín! Pero cuánto llevo hablando de una cantidad de cosas y ni le he contestado la pregunta sobre los orígenes del cementerio. Es que una cosa tiene que ver con la otra, ja, ja, ja.

Me gustaba verlo reír, era como si por momentos se le fuera la tristeza.

—Solo pasaron algunos años, hasta 1840, para que don Pedro Uribe encabezara una campaña de salubridad, de salud pública, con el objetivo de darle a la villa otro cementerio, ¡uno nuevo!, ¡uno particular!, ¡uno donde solo ellos fueran los dueños! Ya no eran la Villa o la Curia los propietarios del nuevo cementerio. ¡No!, eran él y los amigos de él. Pero quizá lo que ellos tampoco sabían era que estaban creando el primer cementerio privado de Colombia.

—¡Increíble lo que usted me está contando, don Carlos!

—¡Créame, muchacho! Así fue esta historia. Don Pedro Uribe organizó una reunión el viernes 8 de julio de 1842, en la que estaban los ricos y él, con toda esa cultura y elocuencia, convenció a todos esos viejos. Ese mismo día, acordaron la fundación de un nuevo cementerio.

Don Carlos en ese momento, frotaba sus dedos índice y pulgar derechos, indicándome la noción de dinero mientras me contaba de la reunión.

—Él se asoció con los cincuenta representantes de las familias más ricas de la villa y de la región, esas familias eran la élite. Muchos de esos viejos eran parientes o socios en otras cosas con él.

Como dicen por ahí: «Los mismos con los mismos y a lo mismo» ja, ja, ja. Esos cincuenta caballeros se convirtieron en sus socios en el nuevo cementerio y el jueves 22 de septiembre de 1842 formalizaron un documento público para empezar la edificación de todo esto—, dijo, señalando a su alrededor con su mano derecha.

»El presidente de la nueva sociedad, por supuesto tenía que ser don Pedrito. Imagínese que, desde la primera junta que celebraron los dueños, los socios, don Pedrito se desempeñó como el director de todo, además tesorero, y como si eso fuera poco, les manejó la plata de la inversión, siendo el recaudador. Además, fue el autor de los planos de construcción de este cementerio, él lo diseñó. Lo diseñó parecido a todos esos bonitos cementerios europeos que había conocido. Por eso aquí, en los sectores más antiguos del cementerio, ¡uno se siente como en las Europas! La armonía, la arborización, la simetría y el orden hacen, de verdad, que aquí se pueda descansar. Y hasta descansar en paz como toda esta gente.

Otra vez reflejó su mirada perdida y melancólica.

—Hay quienes aseguran, muchacho, ¡aseguramos!, que el nombre del cementerio es en honor a don Pedrito, un juego de palabras, o mejor un juego de nombres: don Pedro, San Pedro, Cementerio San Pedro, Cementerio de San Pedro. ¿Comprende?

—Sí, señor. Además de ser un justo homenaje a su memoria, a todo lo que hizo por este cementerio—. Don Carlos no me contestó.

—Le sigo contando, muchacho. En la Villa de Medellín había cementerio, por supuesto. El Cementerio de San Lorenzo, que funcionaba desde 1828, por el Camellón de La Asomadera, lo que hoy llaman Niquitao, como si fuera el nombre del barrio. ¡No!, es el nombre de la carrera 44 y lleva ese nombre por la batalla de Niquitao, en Venezuela.



Sepulcro de Mariano Ospina Rodríguez y Tulio Ospina Vásquez. Museo Cementerio San Pedro, Medellín. Fuente: Wikimedia Commons

»Pero, muchacho, no me deje ir del tema, ja, ja, ja. ¡Estamos hablando del Cementerio San Lorenzo! Y después de abierto este, el San Pedro, las gentes empezaron a llamar al de San Lorenzo, el cementerio de los pobres. Como que

a los ricos no les gustaba de a mucho ese otro cementerio, si no, no hubieran construido este.

—¡Tiene usted razón, don Carlos! Si ellos hubieran querido, habrían modernizado y embellecido ese otro de allá, el San Lorenzo.

—Ellos se pusieron a buscar el lote hasta que lo encontraron por aquí en el norte, muchacho. Y lo encontraron bien bueno, con agua propia y bien aireado, con sol permanente. Por aquí, al frente de la puerta de este cementerio, pasaba el Camellón del Llano, que era un camino carretable rumbo a Hato Viejo y Hato Grande para salir del valle por el norte.

—¿Hato Viejo? ¿Hato Grande? ¿Qué es eso, don Carlos?

— Hato Viejo es lo que la gente hoy llama Bello, la tierra de don Marco Fidel Suárez, el decimocuarto presidente de Colombia. Y Hato Grande es lo que llaman Girardota, de donde es el arriero más rico del país, el campesino millonario don José María Sierra Sierra, don Pepe Sierra. Ese viejo también descansa aquí, allá en un mausoleo de esos bonitos de pleno Patio Central.

—Usted ahorita, don Carlos, me muestra dónde están—, pero tampoco me contestó.

—Pero estábamos hablando del cómo y del cuándo compraron estos terrenos para el cementerio. El negocio se hizo en varas de tierra.

—¿En varas, don Carlos? ¿Cómo así?, ¿qué es eso?—, le interrumpí.

—Discúlpeme usted, muchacho, a veces creo que estoy conversando con alguien de mi tiempo, de mi edad. Así como usted no sabe cosas de mis tiempos, yo también aprendo cosas de las juventudes, cosas de las que van pasando en Medellín, en Antioquia, en Colombia y en el mundo.

Noté triste a don Carlos en esa última frase. Era fácil en su conversación que pasara de la alegría, incluso de las risas, a la melancolía y la tristeza.

—¿Qué fue lo que me preguntó, muchacho?

—Le pregunté por lo de varas, y usted me estaba hablando de la compra del lote para el cementerio San Pedro.

—¡Ah, sí!, varas era la manera como se medían principalmente las tierras y los caminos; eso viene de España, desde la Colonia, pero después todo cambió. En todo este Valle de Aburrá, ¿y quién sabe dónde más?, el que controlaba el precio de la vara de tierra era el viejo Pepe Sierra, el que le mencioné ahora.

Don Carlos me impresionaba siempre con su capacidad para hilar una historia con otra, ser capaz de analizar las cosas y conectarlas.

—El negocio lo hizo don Pedrito, representando a los socios, y lo acompañó su buen amigo don Juan Pablo Sañudo Callejas. Ellos dos se reunieron con don José Antonio Muñoz Luján y le compraron este lotecito.

—¿Lotecito? ¡Superlote! Esto es grande, don Carlos.

—Pues sí, muchacho, grandecito. Le compraron al señor Muñoz unas 200 varas de ancho por 125 varas de largo. Para que usted me entienda en términos de hoy, unos 160 metros de ancho, por unos 100 metros de largo; y el viernes 30 de septiembre de 1842 ya estaban firmando las escrituras de compra de los terrenos para construir todo esto, el cementerio con el que soñaban.

»Este cementerio no se llamó siempre Cementerio San Pedro o Cementerio de San Pedro. A todo esto, también lo llamaban el Cementerio Nuevo, o el Cementerio de Particulares, o el Cementerio de San Vicente de Paúl; hasta que, desde 1871, tomó el nombre Cementerio de San Pedro.

»Ya con el terreno comprado y con los planos, don Pedrito y los socios se pusieron a conseguir todas las autorizaciones que necesitaban. Autorizaciones y permisos ante el Gobierno y los curas para el funcionamiento del nuevo cementerio y la construcción de una capilla; esas autorizaciones las tuvieron años después.

—Don Carlos ¿dónde está enterrado don Pedro Uribe?

—Enterrado no, muchacho. ¡Eso suena muy feo! Descansando.

—Discúlpeme, don Carlos, ¿dónde descansa don Pedro Uribe?

—El médico don Pedro Uribe Restrepo descansa aquí, en este cementerio, aquí entre nosotros. ¡Yo sé exactamente dónde está! Pero, hoy, Gabriel, tampoco se lo voy a decir.

Mientras que el señor me hablaba, yo pensaba: «Este señor es como misterioso». Me impactó que me llamara por mi nombre, siempre se refería a mí como muchacho. También, me causaba curiosidad que ya se había negado antes a decirme su apellido, y esta vez se negaba a decirme la ubicación de una tumba. Algo tan sencillo para él, que era evidente que conocía al detalle el cementerio y su historia. Pensé: «Tendrá sus razones».

—Él descansa por todo el cementerio, descansa en cada una de todas estas tapias, muros, ladrillos, lápidas, esculturas. Él descansa en esta ciudad de mármol. Luego, señalándome con su índice derecho el acceso al Patio Central del cementerio, entre las dos galerías circulares, dijo muy decidido—: Lo que sí le voy a pedir el favor, muchacho, es que cuando pase por allá y cada vez que venga por aquí y pase por esa entrada haga una oración, aunque sea pequeña, o se santigüe o se persigne por don Pedrito. Cuando pase por ahí, busque en la parte superior, casi en el techo, unas placas talladas en mármol, son tres unidas, que, en letras en mayúsculas sostenidas, dicen así:

PEDRO URIBE RESTREPO:
HE AQUÍ EL NOMBRE
DEL FUNDADOR IN-
SIGNE DEL PANTEÓN;
TODOS LOS QUE PASÉIS
ESTOS UMBRALES
DEJAD SOBRE SU TUMBA
UNA ORACIÓN.

—Ahora que la lea, se dará cuenta de que me la sé de memoria, ¡de que no le dije mentiras!, de que todo lo que le he dicho hasta el momento ha sido, como dicen en los matrimonios, «la verdad y nada más que la verdad», ja, ja, ja.

—Don Carlos, sígame contando. ¿De quién me va a hablar ahora?—, le pregunté con la euforia de un niño que está feliz con su juguete nuevo.

—¿Sabe qué, muchacho?, me siento como agotado. Creo que seguiré descansando. Pero le propongo algo. ¡Si quiere y no le da miedo! Regrese en estos días y le cuento más; historias para narrarle es lo que tengo. Si quiere regresar, le cuento, por ejemplo, sobre don Pedro Nel Gómez Agudelo, el artista, muralista, ingeniero y arquitecto; o de doña María Cano Márquez, la impulsora en Colombia de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, ocho horas de sueño. O le hablo de don Manuel Uribe Ángel, el más grande intelectual de la historia de Antioquia. O conversamos de don Francisco Antonio Zea Díaz, que participó de la Independencia de Colombia. Hay que contar todas las historias de estos personajes, y de muchos más, para que no se pierdan o se queden en el olvido.

—¡Yo sí regreso, don Carlos! Nada más me dice cuándo y seguro que aquí estaré. ¡Nos ponemos una cita y yo la cumplo!

—¿Cita? Cita no, muchacho. El día que usted regrese seguro me va a encontrar por aquí. Yo casi siempre

me mantengo descansando por este sectorcito, seguro que coincidimos por aquí cuando usted regrese.

No le presté atención ni le di mayor trascendencia a esta última frase de don Carlos; es más, ni la comprendí en su momento. Por supuesto, entendería su significado momentos después.

—Bueno, don Carlos, lo dejo descansar. Continúe usted con lo suyo que yo seguiré mi recorrido; voy a tomar unas fotos para mi trabajo de la universidad.

De repente, me interrumpió abruptamente:

—¿Usted, muchacho, juega lotería? ¿A usted le gustan los juegos de azar?

«Qué pregunta más rara», pensé. «¿Qué tenía que ver eso con todo lo que habíamos conversado este largo rato?». Luego, añadí:

—No, don Carlos, yo no juego lotería, a veces mi mamá juega uno que otro chancito, pero yo no. ¿Por qué me pregunta eso?—, realmente me inquietaba su pregunta.

—Es que le voy a regalar cuatro números para que usted los juegue, esos números me gustan mucho, y me han acompañado toda la vida. Una vez gané con dos de ellos y otra perdí hasta la vida, como dicen por ahí, con los otros dos, ja, ja, ja.

«¿Qué me quería decir don Carlos con esto?»

—¿Y cuáles son esos números, don Carlos?

—Recuérdelos bien. ¡Quién sabe, y hasta suerte le traigan también! A veces uno tiene frente a los ojos lo obvio y no lo ve. De pronto esos números le sirvan para aclarar muchas cosas.

«¿Para aclararme cosas? De qué me estaba hablando este señor», me pregunté ya como medio asustado. Él siguió hablándome de los tales números.

—Los números son: el 17 61 y el 18 43.

Después de decirme los números, don Carlos hizo una pausa larga. Se quedó ahí, de pie, inmóvil a mi lado, mirándome tiernamente. Al instante, cerró sus ojos y, frente a mí, dio un profundo suspiro; luego los abrió y miró al cielo que continuaba sin una nube. No sé si fue mi impresión, pero creo que él dijo algo entre dientes, como una oración; por supuesto, no le pregunté qué dijo; me pareció un momento bonito, muy íntimo, casi místico. Aguardé prudentemente a su lado hasta que decidió volverme a hablar.

—Muchacho, me gustó conversar con usted. Voy a continuar con mi descanso. Feliz resto de día y no fume más, hágame caso.

Ahora sí que le noté melancolía y tristeza en su tono de voz; incluso me dijo esto en un tono de voz más bajo y con la cabeza agachada. Sin esperar a que yo le contestara, don Carlos se giró sobre sí y comenzó a caminar lento pero seguro por la galería, muy pegado a las lápidas, con sus manos atrás, con una mano sujetando a la otra, en dirección

al Patio Central del cementerio. No me dio siquiera tiempo de estrecharle la mano y agradecerle. Bajé la mirada para detener la aplicación de grabación de voz de mi teléfono y darle guardar al archivo. En esos pocos instantes, él se me perdió de la vista, como si hubiera desaparecido en ese corto corredor.

Con la partida de don Carlos quedé con una sensación de vacío, de soledad. Decidí regresar a la recepción y preguntarle al joven que trabaja allí, John Jairo, por don Carlos; quería indagar si él trabajaba o trabajó en el cementerio, y los días que más frecuentemente estaba. Caminé unos pocos pasos hacia la recepción.

—Hola, ¿cómo vas? ¿Bien?

—Bien, ¿te puedo ayudar con algo?

—Sí, te quería preguntar por el señor con el que yo estaba todo este rato; te quería preguntar por don Car...

El empleado me interrumpió antes de que yo terminara mi pregunta.

—¿Por don quién? Maestro, desde que lo atendí hace un rato y le expliqué todo lo del cementerio, usted se paró ahí al frente, solo.

—¿Solo?! ¿Cómo que solo?!

Reconozco que le hablé fuerte, casi gritando.

Me preguntaba mentalmente: «¿Cómo que solo?» En ese momento me dio miedo, en realidad, pánico. Hasta los vigilantes reaccionaron para ver qué era lo que estaba pasando. Por la sorpresa en la que me encontraba me dio un fuerte

mareo y hasta arcadas. Me sostuve en el mueble de la recepción, pensé que me iba a caer, que me iba a desmayar. John Jairo salió rápidamente, llamó a uno de los vigilantes y entre los dos me sentaron en una silla que estaba justo al lado.

—¡Estás pálido! ¿Te sentís bien? ¿Llamamos a alguien?

Me preguntaba John Jairo, visiblemente preocupado. Le dije:

—¡No jugués con eso!, ¿cómo que yo estaba solo todo este tiempo?, ¿y don Carlos, qué?

Yo seguía muy asustado, pero ya sentado se me pasó el malestar. El empleado se sentó a mi lado y le pidió al vigilante que me trajera agua aromática, con la intención de calmar mis nervios. Mientras tanto, tratando de manejar la situación, me empezó a hablar en tono amigable, buscando tranquilizarme.

—¿Vos cómo es que te llamás?

—Gabriel Duque—, le contesté con algo de temblor en las manos y en la voz.

—Hombre, Gabriel, calmate. Vos hace un rato te acercaste a la recepción, me preguntaste por permisos y cosas para tu trabajo en la universidad, te expliqué todo y te fuiste hacia allá al frente. Después sacaste el celular y empezaste a hablar. Yo pensé que estabas en una videollamada.

—¿Cómo es que te llamás vos?

—John Jairo.

—John Jairo, después de que me atendiste me fui para el frente y se me acercó un señor de edad, un viejito

elegante que me empezó a hablar y a contar historias del cementerio...

—No, vos estabas y siempre estuviste solo.

Sentado y conversando con el empleado ya me sentía un poco más sereno; en ese instante llegó el vigilante con el agua aromática; eso me tranquilizaba aún más, pero no dejaba de dar vueltas en mi cabeza lo que acababa de suceder. Yo no creo que lo que pasó me lo haya imaginado. ¡No! ¿O será una broma pesada del empleado y el vigilante? ¡Ah, no creo! Me quedé ahí sentado un rato, pensativo. Cuando me sentí mejor y con todo esto dando vueltas en mi cabeza, decidí caminar por el mismo corredor en el cual me despedí de don Carlos.

—Voy a estar allí, voy a caminar por este corredor—, le dije a John Jairo, buscando protección y vigilancia de su parte. Me sentía seguro si alguien me estaba observando, no quería sentirme solo mientras caminaba despacio por ese corredor. Comencé a leer las lápidas y a observar sus tallas. Ya no estaba pensando en don Carlos y en lo que díjeme me había pasado.

Observando esas bóvedas y sus lápidas descubrí unas muy bellas, talladas en mármoles lustrosos, y en algunas había nombres muy raros; empezaba a cogerle gusto a eso, hasta que una bóveda con una lápida hermosa, como recién pulida, llamó mi atención. Parecía como si estuviera nueva, parecía brillar; la detallé muy bien y, al leer su inscripción, quedé sorprendido: no tenía miedo. ¿Cómo explicar lo que

sentía? Era como una sorpresa agradable que te pone los pelos de punta pero de emoción buena, como cuando oyes tu canción preferida. ¿Será posible que lo que dice esa lápida explicara todo lo que me pasó? Debajo de una talla hermosa y delicada de la Virgen del Carmen sosteniendo al Niño, se leía claramente:

DON CARLOS EMILIO DEL
MORAL Y PEDREROS

17 61 / 18 43

SU ESPOSA, HIJOS Y NIETOS

QUE TANTO LO AMARON

—¡Don Carlos!—, dije en voz alta para luego llevarme el puño derecho a la boca. El asombro me hizo gritar.

Al leer la inscripción de esa lápida me pasó un corrientazo por todo el cuerpo, pero no sentí miedo. Eso de ser escépticos y de buscarle explicación racional y científica a todo me llevó a pensar que era una coincidencia muy grande, explicable solamente por la psicosis y el episodio de nervios que minutos antes había vivido. Pero caí en la cuenta de un detalle: ¡los números!, tal cual don Carlos me los había dictado. En esa lápida se leían 17 61 y 18 43, no decía días ni meses ni los años, entre ellos había un reconocible espacio. Tantas preguntas rondaban mi mente ¡Además, decía don Carlos, no Carlos. ¡Don Carlos!

Regresé a la recepción para volver a conversar con el empleado y preguntarle por esa tumba.

—Hola, te quería preguntar por...

—Cómo estás? ¿Cómo seguís? ¿Cómo te sentís? ¿Estás mejor? Me quedé pensativo con lo que decís que te ocurrió. Te tengo que confesar que aquí en el cementerio no se cuentan historias raras ni de fantasmas o apariciones. Pero lo que te pasó sí está como muy raro. ¿O me estás haciendo vos a mí una broma? ¡Pilas!, que a mí me impresionan mucho esas cosas.

Entonces, ya éramos dos los impresionados, pero yo no tenía miedo.

—No, yo estoy bien. Vea, ya me terminé de tomar la aromática, muchas gracias—, le entregué el vasito desechable y seguí con mi pregunta—. Es que te quería preguntar por una tumba que hay allí; por si sabés la historia—, le dije, señalándole casi al frente de la recepción.

—Yo no puedo dejar la recepción mucho tiempo sola; venga muéstrame cuál es y, si de pronto sé, yo le cuento aquí por un ladito mientras atiendo a las personas que de pronto puedan llegar, ¿vale?

—¡Sí, claro!, antes muchas gracias, vea le muestro.

Nos fuimos caminando desde la recepción hasta esa tumba.

—Mirá, es esta. La que dice don Carlos Emilio del Moral y Pedreros—, le señalé con mi índice derecho. Al hacer esto, la mano se me puso temblorosa.

—Ese señor del Moral fue uno de los fundadores del cementerio, fue muy rico y famoso. Además, esa lápida es importada desde Italia, es una de las

más antiguas y hermosas del cementerio. Regresemos a la recepción que yo allá tengo uno de los libros que ha sacado el cementerio y ahí está escrita toda la vida de ese señor. ¡Vamos y verá!



DON CARLOS EMILIO DEL MORAL Y PEDREROS

Ilustración cortesía de Antonia Ortiz Agudelo.

¿Sería posible lo que estaba pensando? ¿Será que ese señor se me apareció y me habló? ¿Será que estuve todo este tiempo al lado de un fantasma? ¿Sería por eso por lo que no me daba la mano y me la dejaba estirada? ¿Será por eso por lo que no me quiso decir su apellido? ¿Sería que me hizo memorizar esos números para que yo lo encontrara más fácil? ¿Será que esto que me pasó es sospechosamente parecido a todas esas películas de fantasmas, con el mismo final? ¿Y si lo que pasa en esas películas tiene algún grado de verdad? El temblor en las manos se me quitó mientras caminaba hacia la recepción. Esas preguntas y otras más daban vueltas en mi cabeza. Mi yo racional y escéptico afirmaba: «¿Cuáles fantasmas o apariciones en pleno siglo

XXI?» Pero debo confesar que esto era muy raro.

Llegamos a la recepción y John Jairo me pasó un libro grande, pesado y muy bonito; me senté en la banca de madera y lo puse sobre mis piernas. Su título era *Los 50 caballeros, los 50 fundadores del Cementerio San Pedro*. Como si no tuviera tiempo, como si me lo fueran a pedir, rápidamente fui a su tabla de contenido, busqué ese nombre y lo encontré en la página 24: Carlos Emilio Moral Pedreros. Me apresuré a abrirlo y leer sobre él. Con lo primero que me encontré fue con el dibujo de un caballero elegante. En ausencia de la fotografía nos teníamos que fiar del talento y de los arreglos que los artistas les hacían a las personas y, al detallarlo, le encontré parecidos con don Carlos. ¡Yo creo que era él!

—¿Me dejás, por favor, tomarle una foto a esta página? Es para poderla transcribir más fácil ahora en mi casa—, le pregunté al empleado.

—Sí, hágale, ¡pero pilas, no me vaya a maltratar el libro!

Y leí ansioso toda la reseña histórica de Carlos Emilio Humberto del Moral y Pedreros. Muchas referencias hechas por don Carlos aparecían escritas exactas, tal y como las narró en nuestra conversación. Al terminar, me sentí de nuevo un poco mareado y con un fuerte dolor de cabeza; devolví el libro y me despedí de John Jairo.

—Muchas gracias, me voy.

—¡Te vas! ¿Estás bien? ¿Estás mejor? ¿Cómo te vas a ir? ¿Te pido un taxi?—.

Veía sincera preocupación de este hombre.

—Sí, estoy bien. Hasta luego y muchas gracias.

Caminé de regreso al metro, quería alejarme del cementerio. El dolor de cabeza, en tanto me alejaba, se me iba calmando. Quería llegar a mi casa. Después de 40 minutos, entré, saludé a mi mamá y me recosté en la cama. Me preguntaba: «¿Qué pasó?, ¿qué fue lo que me ocurrió esta mañana en ese cementerio?» Pensar y pensar, y dar vueltas en mi cama me hizo sobresaltar, brincar bruscamente y pararme como un resorte; en la soledad de mi habitación, grité: «¡La grabación, claro!».

Me apresuré a esculcarme los bolsillos para buscar mi teléfono y los audífonos, estaba como loco; me senté en la cama, busqué el archivo, le di *play* y me dispuse a escuchar. ¡Qué decepción! No se escuchaba nada. Lo único que se captaba era el sonido ambiente. Pero del episodio vivido, nada, nada.

Me llevé las manos a la cabeza, me tapé las orejas y apreté los audífonos lo más fuerte que pude, cerré los ojos y, de repente, ahí estaba. Ahí estaba su voz, casi imperceptible, pero ahí estaba. Me apresuré al escritorio que tenía en mi habitación y tiré todo al piso. Busqué el portátil y me puse a escribir esta historia. Ahora, casi no me importaba el trabajo para la universidad; quise hacerlo con los recuerdos frescos en mi cabeza.

Una inquietante pregunta comenzó a rondar en mi mente: «¿Regreso al

Cementerio Museo San Pedro y acepto la invitación que me hizo don Carlos para seguir escuchándole historias o acato el sabio consejo de mi madre, “ante la duda, abstente”?»



Tumba de Jorge Isaacs. Museo Cementerio San Pedro.
Fuente: Wikimedia Commons <https://bit.ly/42oVIpp>

LUIS FERNANDO MORALES



Fotografía cortesía del autor.

Ingeniero electrónico, diseñador gráfico y gestor creativo en comunicación visual. Su gusto por el buen uso del idioma español lo ha llevado a producir textos técnicos, de opinión, ensayos, cuentos y poesía; también ha sido editor de medios impresos y corrector de estilo.

TRILOGÍA DE PASIONES EN LA FRONTERA DE LA VIDA Y LA MUERTE

Mucho más allá de la comprensión humana, el destino parece estar trazado, pero, caprichosamente, mueve sus fichas con pasmosa frialdad. El suspenso y la lógica ponen a prueba la atención del lector en estos tres cuentos cortos de Luis Fernando Morales. Sus tramas se ambientan en el milagro, la obsesión y el amor, y que están suspendidas con el delgado hilo que sostiene, desde sus extremos, la dimensión terrenal y su correspondiente plano celestial. Las historias transcurren en escenarios normales de nuestra región, lo que las hace cercanas y, de alguna forma, propias.

1

LA UNTADITA A 300

Arrodillada en un reclinatorio de la nave derecha en la centenaria ermita, la figura inmóvil de una mujer correspondía perfectamente con la casi absoluta soledad del recinto. Cada feligrés ocupaba una posición estratégica y distante respecto a los demás, como reclamando el derecho a su comunión íntima de penitente.

Solo yo observaba extasiado los vitrales, las imágenes sagradas y la arquitectura del lugar, y caminaba despacio para respetar la paz reinante y el tiempo detenido de los creyentes. Cerca del último paso del viacrucis volvió a mi memoria el aroma intenso de un perfume cuando la mujer postrada giró lentamente y se puso de pie. Sosteniendo desde el pecho una mantilla púrpura de seda, a la usanza antigua, con la cabeza inclinada pero sin ocultar del todo su hermosa palidez y un rictus de serenidad, me miró un instante y cruzó majestuosa azotando con una estela perturbadora mis sentidos.

La imagen donde oraba la mujer era el final de mi recorrido y todo parecía inquietante: la Virgen de los Dolores en su nicho, una estampita abandonada en el reclinatorio y la fragancia que permanecía intacta en el aire.



Es por ti. Keylor Soto.

Fuente: www.cathopic.com <https://bit.ly/42uAYgh>

La Dolorosa, esa virgen que asoma el dedo en su manto, la misma de mis devociones, estaba allí observándome con la mirada escudriñadora de los santos que tanto me impresionaba en la niñez. Recogí la lámina de papel fino que tenía la figura de una santa en color sepia y un texto en la parte de atrás en preciosas letras doradas:

Santa Margherita da Cortona, Terziaria Franciscana, protettrice delle prostitute pentite. “Non temere, figlia, non rattristarti se i tuoi desideri vengono differiti (...)”. *Gesù a Margherita in una visione.*

Tuve una idea general del texto, pero mi instinto católico me llevó a hacerme la señal de la cruz con la estampa. Fascinado, salí del pequeño templo intentando entrelazar recuerdos y sensaciones, y descubrí que mis manos habían adquirido, a través de la estampa, el mismo aroma anclado en mi memoria. Las palomas del parque adyacente acompañaron mis reflexiones por

varios minutos, hasta que decidí seguir un palpito.

Me aventuré a avanzar varias cuerdas por la estrecha acera lateral, seguro de estar desandando un camino conocido. Cuando menos lo esperaba, tuve ante mis ojos la inconfundible fachada azul y anaranjada del angosto edificio de una pensión. Detrás de la única puerta de vidrio, en la semioscuridad, estaban las mismas dos mujeres de figuras gruesas y vestidos breves, sentadas en la misma banca de cemento y guiñándome el ojo de la misma forma que lo hacían cuando solía pasar por allí con pasos largos, azarado y nervioso.

Mi loca imaginación hizo revivir aquellos días como una secuencia cinematográfica en cámara lenta, aunque en realidad era yo el que estaba semiparalizado, observando todo y recibiendo a intervalos el gesto lascivo y silencioso de las dos damas.

Ese minuto abrumador empezaba a ser excitante, pero terminó de golpe porque capté a mi lado un puesto de ventas ambulante: cigarrillos, dulces, papitas, mecato, mango picado, chontaduro, tinto, condones, novenas y minutos. Estaba recorriendo con la mirada los productos cuando el vendedor, socarronamente, me dijo al oído:

—¿Cómo me lo trataron señor?

—¿A mí? ¿A qué se refiere?

—Lo dejaron muy perfumadito, je, je, je.

—¿A mí? ¿Y quién?

—Pues Mágara, la única que me compra de ese perfume—, dijo frunciendo su nariz hacia mí.

—¿Usted vende perfumes?

—Claro, tengo perfume de alfazema, de organza, de uva, el de buena suerte, el del pájaro macuá, perfume de maruca, de ñengo, de vainilla, de xangó, pachulí y pregúnteme por el que no vea.

—¿Y cuál es este?—, lo interrumpí, señalándome a mí mismo.

—Es ese, el legítimo italiano—, aseguró mostrándome uno de los vistosos frasquitos, medio escondido entre el montón.

—¿Y es muy caro?

—No, a 300 la untadita, como todos los demás. Bien pueda, mírelo con confianza—, y lo puso en mis manos.

La pequeña etiqueta decía: «Perfume de rosas de Cortona. El olor fragante que desprende es tan intenso y especial

que una vez que se huele ya no se olvida nunca. Su agradable y fresco aroma dulce es inconfundible».

Esos detalles contundentes agitaron aún más los recuerdos que ya se atropellaban en mi mente: el perfume implacable con el que había tenido que lidiar en mi memoria olfativa desde el día que me atreví a pasar media hora con una mujer pública, por fin lo tenía en mis manos.

Pero ese misterioso pueblo que no podría ubicar en el planeta, el de la patria de la santica, ahora leo que coincide con el lugar de procedencia del bendito perfume, a juzgar al menos por la etiqueta. Desesperado con tanta idea en la cabeza, rompí mi angustioso trance preguntándole al dueño del ventorrillo:

—¿Usted vende estampitas?

—Sí, señor, ¿cuál necesita?

—¿Tiene de estas?—, le pregunté mostrándole la que encontré en la ermita.

—No la había visto nunca, pero es muy hermosa. ¿Me la permite un momento, por favor?

El hombre observó con mucho interés la laminita y me dijo:

—Esta estampa no es colombiana, pero a esa santa sí creo haberla visto en algún lado, je, je, je.

Una alegre y melodiosa voz femenina interrumpió nuestro diálogo:

—¡Buongiorno, don Pacho, una untadita, per favore!

—¡Hágale, hija, está en su casa!

—¿Dónde lo puso el mio amore?

—Ah, aquí está—, le contestó reclamándome el frasquito que aún tenía en mi mano.

La mujer me miró rápidamente pero con una conmovedora intensidad. Era pálida y bella, con mucha dulzura en su rostro. Se apartó dos pasos y giró su cuerpo antes de rociarse con el perfume.

—¡Arrivederci don Pachito, grazie, ahí le dejo los 300!—, dijo sin voltear y entró apresurada por la puerta de vidrio.

—Je, je, je, claro, a ella fue a la que se me pareció la santa de su estampita gringa. Mire, mejor se la devuelvo—, dijo un poco asustado el buen hombre.

—Italiana, don Pacho—, contesté, entre dientes, tratando de inhalar la fragancia intensa de rosas de Cortona que dejó tras de sí esa mujer y de eternizar su figura ágil vestida con una minúscula falda de boleros, una ceñida blusa de licra, zapatos de tacón princesa sin medias veladas y un pequeño bolso donde se mecía, atada coquetamente y acompañada con su andar, lo que parecía ser una mantilla púrpura de seda.

Continué calle arriba, intentando traducir el texto de mi lámina:

Santa Margarita de Cortona, terciaria franciscana, patrona de las prostitutas arrepentidas. «No temas, hija, no te enfades si tus deseos se retrasan (...)».

Margarita en una visión de Jesús.

2

ALMOHADA DE PIEDRA

Era una mañana soleada del verano medellinense y la sorprendente escena de un hombre profundamente dormido me obligó a asistir, sin proponérmelo, al clímax de un suceso insólito que viaja por los horizontes de mi memoria y confronta todavía la dura realidad con mi capacidad de raciocinio.

Había llegado diez minutos antes a Resplandor Casa Óptica, decidido a aceptar por fin una miopía creciente y la sentencia definitiva sobre mis primeras gafas, hoy perpetuas. Mientras esperaba el turno, venía observando la quietud extrema de un parroquiano sentado bajo el dintel de la puerta. Su estampa me transportaba a las figuras longilíneas de El Greco; lo estaba viendo casi a contraluz y esto parecía dotarlo de iluminación propia, un poco fantasmal.

En ese momento llegó una dependiente del local, puesta en alerta por el vigilante de la cuadra: «Amigo, ¡despéjeme la entrada, por favor!». Entonces, intervine y le pregunté al hombre: «Don, ¿le pasa algo?». La mujer insistió: «¡Ay, mi señor!, ¡párese pues, que usted no se ve ni tan mal!». Me interpuse y agregué: «Déjelo tranquilo un momento que debe estar muy cansado». Ofuscada, refunfuñó: «Si



Misericordia

Fuente: www.cathopic.com <https://bit.ly/44sKTEO>

quiere le traigo una almohada; se nota que es un tipo conchudo y sin conciencia». Enfadado, la miré y le dije: «Señorita, ¿sabía usted que la mejor almohada es una conciencia tranquila?».

A regañadientes me dejó analizar al hombre. Tenía las manos ancladas entre sus piernas, como una vieja nave de 60 años atracada en un puerto. Ligeramente inclinado, como el Nazareno, se destacaba en su rostro un mínimo rictus de satisfacción, pero un movimiento rítmico de sus párpados, casi imperceptible, atrapó mi atención. Entonces, dije para mis adentros: «Este señor está soñando, seguro que está bien».

Intenté atender mi turno que ya se aproximaba, pero preferí regresar porque un alud de curiosos rompió la calma con frases burlonas y comentarios crueles. Me escurrí entre la creciente masa humana, observé al

ciudadano con detenimiento y percibí un ligero cambio en sus ojos cerrados: lo que vi antes tan sutilmente acompañado ahora lo presentí caótico. ¿Les ha ocurrido que cuando sufren una pesadilla despiertan alterados, sonríen y todo resulta ser un sueño? Opté por creer que pronto saldría de su marasmo.

Entre tanto, los comentarios de la gente se entrecruzaban sin control y el ánimo de los empleados estaba bastante exaltado, pero una voz autoritaria preguntó: «¿Hace cuánto está aquí?». La señorita de marras, que oteaba todo desde una esquina, respondió: «¡Uf, lleva mucho rato ahí durmiendo!». «Se equivoca, amiga —enfaticó el individuo que asumió el control del caso—, ¡estaba era muriendo!». Temblé al notar que yo también asumí que el pobre hombre dormía. «Bueno —pensé—, estoy seguro de que estaba dormido;

esos movimientos de sus pupilas detrás de los párpados eran señales de vida».

«Su corazón no ha podido más, fue víctima de un infarto. Como no lo atendieron de urgencia, en la espera, quizás, sufrió un segundo infarto e isquemia miocárdica», concluyó quien sin duda era un médico. ¿Cómo decirle que llevaba más de 60 minutos ahí, plácidamente sentado, tal vez esperando, pero durmiendo y soñando? Nos calificaría a los testigos de negligentes, pero vi muy bien lo que vi. Este señor se murió porque quiso; es lo que creo. Es más, considero que tomó la decisión cuando se sentó en la entrada. Los ojos son el espejo del alma, así estén cerrados.

Mi imaginación volaba en contravía con el dictamen médico, mientras que varios patrulleros de la policía imponían el orden y solicitaban la versión del hecho al administrador del negocio. Yo seguía en el establecimiento cuando un hombre joven con cara de intelectual, asomándose por encima del gentío, reconoció al difunto: «¡Este señor es cliente mío!». «¡Era!», le aclaró un espontáneo. «A menudo me compraba pasatiempos —explicó el recién llegado— y hoy tempranísimo llevó varios e intentó que le fiara otros».

Cuando los funcionarios forenses llegaron para cumplir con su diligencia y disminuyó la tremolina, el joven vendedor observó que el cliente estuvo sentado sobre una caja de su propiedad que contenía más de 1000 cartillas de

entretenimiento. La había perdido esa misma mañana y era evidente lo sucedido. Apesadumbrado y sin rencor dijo con la voz entrecortada: «¡Qué lástima! Hoy nos contó que le habían robado y que no tenía mucho dinero; si hubiera sabido que era su último deseo, le habría regalado lo que quería fiado».

«¿Usted sí cree que el señor murió por un infarto?», le pregunté al muchacho. «Sí y no —me respondió con firmeza—, yo estudio psicología y más bien creo que fue el éxtasis por lo que casi había logrado; como estaba a punto de cumplírsele algo muy deseado, trató de evitarlo y somatizó la necesidad de castigo con un sueño profundo, tanto como la muerte. Era un fanático de los crucigramas y rompecabezas, genial y talentoso pero obsesivo, ¿me entiende?».

Quedé más confundido que antes y recordé que el motivo de mi presencia allí eran mis anteojos. Mientras me los probaba vi con más nitidez toda esta historia y entendí que era simple: el señor decidió que este era su momento de soñar que resolvía muchísimos pasatiempos y que no tenía ningún afán de terminarlos. Quizás, solo los quería sentir suyos durante un tiempo para luego devolverlos.

Parado donde el hombre soñaba me atreví a comparar su búsqueda con la gloria que alocadamente perseguía don Quijote, simbolizada en Dulcinea. Creo que así lo recordaré siempre:

metido en líos, luchando contra imposibles, flaco y desgarrado, tan similar al caballero de la triste figura.

Al marcharme, resonaron en mi cabeza los versos sentenciosos de una canción: «Habrás también que saber soñar / sobre una almohada de piedra, / ahora que lejos quiero llegar / nunca nada pudo estar tan cerca».

3

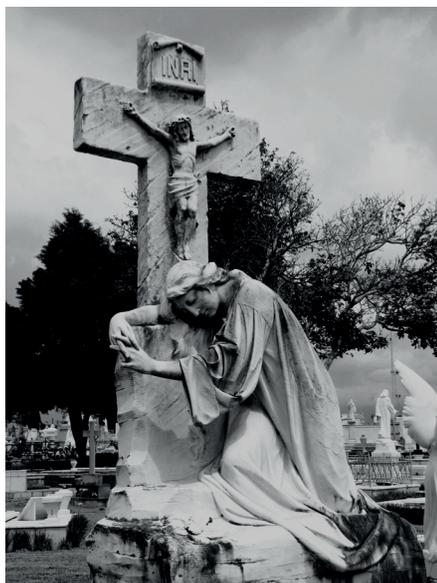
LA PARÁBOLA DE AMANDA

Cuando el sepulturero vació la tierra sobre la tumba, una hoja de cuaderno despedazada terminaba un vuelo de giros eternos sobre el féretro. La figura trémula de un hombre de gabán negro ocultaba la mano que, un instante antes, asustó con su acción a los dolientes. Cabizbajo, huyó del camposanto y nadie, excepto Amanda, pareció interesarse en su drama.

Amanda era la hermana gemela de la difunta y llegó allí a última hora, pues su amor fraternal la convenció de alejarse cinco años atrás. Su vida apenas empezaba a normalizarse cuando recibió la infausta noticia.

Alicia vivió sus cuarenta años en el pueblo natal y de ella siempre se dijo que era amorosa y reservada. Pasó su última noche mirando las estrellas en la hamaca del patio y no despertó más. El médico no encontró una causa evidente y firmó el acta de defunción como muerte natural.

Cuatro años después, Amanda apretaba sobre sobre su pecho el almanaque donde su hermana marcó una fecha, exactamente un año antes de su muerte. Tenía la esperanza de que la exhumación le diera alguna respuesta. Solo ella, el sacerdote del pueblo y tres



Muerte, dónde está tu victoria
 Fuente: www.cathopic.com
<https://bit.ly/3pcHCcz>

antiguas compañeras de Alicia observaban la lenta excavación.

Prudente y generoso, el enterrador selló la urna y le entregó a Amanda un crucifijo, un anillo, un par de aretes y un pequeño trozo de papel caprichosamente adherido en un resquicio de la madera.

Morritos, 30 de noviembre de 1972

Adorado Saúl

Esas eran las dos primeras líneas, y las únicas visibles, de la parte superior izquierda de una hoja de papel rota cuatro años atrás. Amanda retrocedió asombrada: era la misma fecha que marcó Alicia en su calendario. Y Saúl..., ese nombre fue trascendental en su vida. Y era la letra de su gemela.

La casa de Alicia se había convertido, por decisión de ella en vida, en un albergue para señoritas que ahora regentaban las religiosas de Nuestra Señora, comunidad a la que entregó cinco años de vocación tardía. Hasta allá fue Amanda a reflexionar debajo de uno de los nogales que sostuvieron el chinchorro que abrazó a su hermana al partir.

Si Saúl se llamaba el hombre al que ella renunció cuando su hermana se internó en la comunidad religiosa de Morritos, ¿por qué Alicia escribió *adorado* Saúl en esa carta? ¿Por qué marcó la fecha en el almanaque y lo conservó un año? ¿Por qué el misterioso hombre de gabán negro tenía, rompió y arrojó enardecido la carta sobre su hermana inerte? ¿Eran ese Saúl y su Saúl la misma persona? Amanda recordaba que amó a Saúl desde muy joven y que todo el pueblo lo supo. Y que Alicia fue amiga de muchos y no aceptó novios, hasta el día que optó por la vida contemplativa sin consultar con nadie.

Sor Julia, la madre superiora, conmovida al presentir la aflicción de Amanda, se acercó y le dijo quedadamente al oído: «Alicia me confesó que engañó a Saúl haciéndose pasar por ti. En la carta le pidió perdón por eso, pero él nunca le contestó. Saúl jamás te olvidó». Con un toque cariñoso en sus hombros se despidió, absteniéndose de hablar más.

Mordiéndose los labios para no gritar, luchando por no hacer una interpretación libre de esas palabras,

pensando en el significado del silencio final de la religiosa, casi contra su voluntad, brotaron dos lágrimas de sus ojos.

Se quedó una semana en el pueblo recorriendo cada calle, sentándose en todas las sillas del parque, observando a cada persona, confirmando lo esperado, aguardando lo inesperado, compungida a ratos, sosegada por instantes, decidida a irse, antojada de quedarse.

De día y de noche, con sol y con lluvia la vieron caminar como vencida sus paisanos indiferentes. Ninguno podía sospechar que la materia terrenal de Amanda estaba casi traspasando la frontera para convertirse en presencia celestial.

El domingo tomó su decisión, pero antes quiso pasar por la parroquia principal de Morritos donde estaba bautizada y confirmada, donde hizo la primera comunión y donde soñó casarse con Saúl. Rezó todo lo que sabía y ya se santiguaba cuando el tañido meridiano comenzó a llamar para la misa de 12.

Liberada por fin de sus contradicciones, Amanda alcanzó la salida con el último repique de las campanas. De un salto sorteó los escalones del atrio y emitió un suspiro feliz cuando creyó reconocer el rostro tantas veces soñado antes de caer en los brazos férreos de un hombre que, con voz amorosa y varonil, le dijo: «No te vayas Amanda, espérame».

La multitud que empezaba a llegar al templo contempló embelesada aquel abrazo interminable. Un larguísimo silencio se apoderó de toda la población con los ecos finales de la eucaristía. Desde ese día, nadie en Morritos pudo dejar de comentar la enseñanza moral de la que todos fueron testigos o se enteraron.





Desde la biblioteca 62. Medellín en sus narrativas y rituales en torno a la muerte intenta contar esta ciudad desde una perspectiva antropológica, cultural, histórica, social y literaria en su relación con la muerte. Los relatos de este número recorren los cementerios emblemáticos de la ciudad buscando acercarnos a la muerte para comprender nuestro pasado y el camino de luces y sombras de una Medellín que ha sido narrada por quienes la han gobernado, pero pocas veces por quienes viven las realidades que la configuran.



Calle 75 n.º 75-101
Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5197
Medellín, Colombia
[https://fondoeditorial.itm.edu.co/
desde-la-biblioteca.html](https://fondoeditorial.itm.edu.co/desde-la-biblioteca.html)



Alcaldía de Medellín